Cuentos Históricos

Leyendas Antiguos Y Tradiciónes Populares De España...

GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/isbn_9780341465751

Ag 1—

CUENTOS HISTÓRICOS,

LEYENDAS ANTIGUAS

Y TRADICIONES POPULARES

DE ESPAÑA.

POR

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.

MADRID.

R. BORX, EDITOR.
Impresor y Librero, calle de Carretas, número 8.

1841.

1872, Apr. 26.
Shapleigh Fund.

Es propiedad de la casa de DON IGNACIO BOIX, del comercio de libros en esta corte, y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento, con arreglo á las leyes vigentes.

¡CUERDOS DE MI PATRIA.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Bosquejar los rasgos característicos de esta nacion grande, memorable y poética por escelencia, haciendo familiares al pueblo los preciosos recuerdos de sus mejores tiempos, es un pensamiento que se recomienda no solo como altamente nacional sino tambien como útil é interesante.

El Editor espera que el público que tan favorablemente ha acojido otras obras de este jóven y acreditado poeta, tendrá en no menor estima esta nueva publicacion.

INTRODUCCION.

Venid, venid en torno del Trovador que canta,
Hora que alumbra el fuego del chispeante hogar;
Vereis al dulce estruendo que su laud levanta
Los siglos ya pasados su tumba abandonar.

Y enderredor girando de la sonante lira
Formar grupos diversos sus sombras en tropel;
Y humildes al aliento que al Trovador inspira
Vereis como se visten su púrpura ó broquel.

Vereis tornar los tiempos de magos y hechiceras,
Sus fábulas medrosas, su infiel supersticion,
Con las querellas graves, ensueños y quimeras
De un pueblo, hasta en sus vicios de ardiente exaltacion.

Vereis como se ostentan de nuevo gigantescos
Los fuertes y castillos de la época feudal;
Las góticas capillas, los templos arabescos,
De los valientes moros recuerdo inmemorial.

Vereis las medias lunas en frente de las cruces
Flotando en las almenas, por cima del pendon:
Poblados los amenos domínios andaluces,
De ejércitos que inflama su hermosa religion.

Vereis las diestras trazas, caballerosos lances,
Empresas é hidalguias de nuestra media edad,
Que hoy sueños nos parecen de lánguidos romances
Y que eran ¡ay! entonces magnífica verdad.

Vereis rasgar las nubes los célebres azores
Y allá en sus cetrerias sesteando el paladin:
La altiva castellana desde altos miradores,
Oyendo de sus pages el suave bandolin.

O ya las romerias de amantes peregrinos
Que buscan de sus almas la paz en su Patron;
O ya las aventuras de infames asesinos
Que cruzan en las noches por medio del turbion.

Sabreis los altos hechos maravillosos, grandes
De mil hijos de España, su orgullo y su sosten,
Que allá en la culta Italia, y en la guerrera Flandes
Ciñeron de laureles su generosa sien.

Las fiestas populares, curiosas ya por viejas
Vereis con sus estilos de rancia antigüedad:
Las doctas tradiciones, leyendas y consejas
Que fueron otros dias pasmosa realidad.

Acaso si algun hijo de playas españolas
Sus lances de fortuna pasó de allende el mar,
Tambien navegaremos por las revueltas olas
Que van del reino estraño la arena á salpicar.

Y tanto que aun crucemos las mágicas florestas
Que Atala con sus ayes tristísimos hirió,
En pos de las historias risueñas ó funestas,
Que allá en sus soledades el tiempo sepultó.

Corred, bellas, sentaos en torno de su lira,
Mirad por ese prisma que aclara la ilusion:
Su patria, España hermosa, su corazon admira,
Que beba en vuestros ojos la dulce inspiracion.

Le basta en recompensa, si alguna vez contando
Lances que ya ha sentido por ciertos vuestro amor,
Cerrais su pobre historia, llorosas recordando
El canto misterioso del dulce Trovador.

LUCRECIA LA DE SEVILL

LEYENDA CABALLERESCA

DEL SIGLO XVI.

II.

En una tarde de abril
Deliciosísima tarde,
No tengo presente el año
Pero muchos años hace;
En la vega deleitosa
Del humilde Manzanares
Rio pobre en sus corrientes,
Pero en su renombre grande,
Pues su orilla es celebrada
Por ser cuna favorable
De las hermosas, segun
Nacen en ella deidades;
Que aunque solo en el Oriente
Las circasianas encanten;
Y aunque no hay tan bellos ojos
Como son los orientales;
Aunque Málaga y Jerez
Sin ser del Oriente parte,
Son en materia de hermosas

Fuentes ricas y abundantes;
Y pasan las de Granada
Por ser huríes celestiales,
Y las damas de Valencia
Por las damas mas notables;
Las arenas de este rio,
El imperio se reparten
En punto á mirar hermosas,
En sus mágicos raudales.
Y no estrañeis que prodigue
Encarecimientos tales
A las bellas de mi patria;
Que no fueran disculpables,
A no ser tanto el hechizo
De sus ojos virginales,
Las demandas y tragedias
Que desde añejas edades
Por alcanzar un suspiro
Bañaron su suelo en sangre.
En aquella hora del dia
En que los rojos celajes,
Ciñen un lazo de fuego
Sobre la frente gigante
Del horizonte estendido,
Y en que variados cambiantes
Tornasolan en las aguas
Brilladoras y fugaces,

Los últimos rayos tibios
De un sol, que en destellos suaves
Va prodigando su luz
A los montes y á los valles,
Gozándose en detener
Su cabeza agonizante
Mayor tiempo, por mirar
El mundo de donde parte,
En ese momento, pues
De armonia inimitable
En que parece que el ruido
De las ondas es mas fácil,
El olor de las praderas
Mas sentido y agradable,
Mas blando el son de las ramas,
Mas triste el son de los aires,
Mas rico el manto de flores,
Mas amorosas las aves,
Dos damas estan sentadas
Del pobre rio en la margen.
Las olas leves, parece
Que entre sus pies se deshacen,
Y asi el tocar en la orilla
Es solo para besarles;
Porque acaso agradecido
El rio, querrá pagarles
Con la espuma que salpica

Sus mantos cual blanco encaje,
El ver que aumentan sus ojos,
La copia de sus caudales.
La mas hermosa, y por cierto
Que la que es mas no se sabe,
Pues de ambas celoso el sol,
Se hundió en el ocaso aun antes,
Es morena, alta y delgada,
De graciosos ademanes.
Las azucenas y el lirio
En el color de sus carnes
Su pura esencia confunden
En graduacion admirable.
La sonrisa es hechicera,
Tan bella, y tan insinuante,
Que los amores dichosos
Sus nidos en ellas hacen.
No es mucho en concha de perlas
Y entre un ramo de corales
Que anide amor, si otra concha
Fué la cuna de su madre.
Sus ojos son dos estrellas;
Cuando en luz agonizante,
Vierten tranquilas miradas,
No hay alma que no desmaye,
Y en su lumbre moribunda,
No tema que al fin se apague

Un corazon tan hermoso
Que despide albores tales;
Cuando fogosas é inquietas,
En fuego inspirado se arden,
Se espera que sus dos soles
Todo el universo abrasen.
Sus maneras, aunque nobles,
Son atrevidas y audaces:
Su edad, la del rostro apenas
Cinco lustros la señala;
Mas se presume en razon
Que de siete lustros pase.
Su amiga es jóven y hermosa,
Tan sencilla, tan amable
Que acaso sirvió en sus sueños
Al pincel de Miguel Angel
Para sus vírgenes bellas,
De tierna y divina imagen.
«Y dices tú, dulce amiga,
La preguntó con donaire
La niña de azules ojos
A la dama, que le hablaste
A ese señor don Gonzalo
Por primera vez en Flandes?
—Camila, sí.—Por qué causa
¿Es, Lucrecia, incognoscible
Tu dolor? ¡Poco en mi fin

Pues me ocultas tus pesares!
Si ellos no admiten remedio
No busco yo remediarles,
Que hay penas en que el llorar
Es lo que mas satisface.
Pero al menos, ya que sé
Que te lastiman tus males,
Quiero mezclar mis suspiros
Con el clamor de tus ayes.»
La estrechó entonces Lucrecia
Contra su seno oscilante;
Y no quedaran aquí
De su afecto las señales,
A no reparar las gentes
Que se paran á observarles.
Que aunque buscaron de intento
El mas oculto parage,
Y de la fiesta y bullicio,
El que hallaron mas distante,
Como es noche de verbena
Fluctuan por todas partes
Las parejas y los grupos,
De las damas populares,
Y es tan crecido el tropel,
Que embarazo lo bastante
Para tener por estrechas
Las anchas estremidades

Del soto ameno y frondoso ;
Y para que asi se ensanchen ,
Como las olas de un mar ,
A límites tan distantes
De la sagrada capilla
De S. Antonio, al que aplauden ,
Y por quien es la verbena ,
La concurrencia , y los bailes.
Son tan añeja costumbre
En ciertas festividades ,
A guisa de romería ,
Estos campestres solaces ,
Que en ellos lo mas florido
De la corte se distrae.
Jamás se falta á lo honesto
En punto de libertades ,
Las bellas damas platican
Con los garridos galanes ;
El rebozo no embaraza ,
Ni se toma por ultrage ,
Que los que no se conocen
Alli se miren y se hablen.
Las dueñas alli no acechan ;
Ni son espías los pajes ,
Que el campo y la noche dan
Estrañas seguridades.
Y como no hay atrevidos

Que el mudo retrato acaben,
Se admiten cortesanías,
Sin responder con desaires,
Y requiebros, y los dulces,
Del primero que los mande.
Y así, estimando algun duelo
Entre doncellas vistalos,
(Lo que mendion mi maestro,
Donde los hay tan amantes,
Y haber cursado los mas
En las escuelas de Marte,
Donde aun las calzas por gala
Hacer del valor alarde.)
Jamás tamañas licencias
Causaron temeridades.
Y el no encontrar, con las damas
Quien se atreva á propasarse,
Es que acaso los contengo,
Que haya tantos capitanes,
Caballeros tan cumplidos,
Que no escusáran mil lances
Por vengar en los villanos
Sus licencias y desmanes.
Pusiéronse en pie las damas,
Y con lentos pasos graves,
Tomaron por el camino
Que al campo del Moro sale.

La confusion de las gentes,
La variedad de los trages,
Ni una mirada les roba
Ni de su ardor las retrae;
Y eso, que son tan vistosos
Que causa hechizo mirarles.
Sombreros de larga falda,
Con retorcidos plumages,
Anchas y ralenas caidas
Sobre los coletos de ante.
Ya capotillas airosas
Forradas y guarnecidas:
Ya capas de inmenso vuelo
Que hasta sus espuelas caen.
Botas de fieltro con vueltas,
En casi la mayor parte;
Y medias de mil colores
Lazos, cintas, alamares:
Cruces de ser caballeros,
A medio codo los guantes,
Y asomando por el cinto
Del puño los gavilanes,
Todo esto dá á los hidalgos
Cumplido y marcial realce.
Las camisolas rizadas,
De las damas, los encajes
De las golas, que en cañones

Sin que su cuello embaracen
Forman un blanco dosel
En que sus rizos descansen,
Que en trenzas cortas les cuelgan
Partidos en dos mitades;
Jubones acuchillados,
Petos de punta adelante,
Sendas sayas de Cambray,
Tocas tan largas que arrastren,
Negras porque entre ellas mas
Su blanca color resalte,
Completan de aquella escena,
El movimiento incansable,
Y del cuadro pintoresco
El mágico paisaje.
La campana de la ermita
Da las seis. Luces errantes
Van de pronto apareciendo,
Entre los verdes ramajes
De los troncos populosos,
De que cuelgan los cristales
De los pintados faroles
Que las luminarias traen.
Puéblase el campo de luces,
Y el crepúsculo agradable
Va enmarañando las sombras
Porque alumbren mas brillantes.

De pronto se oyen ruidosos,
Confusos gritos mezclarse,
Y un eco formaron ronco
Que turbó la paz del valle,
«Fuego! Fuego!»—Otras cien voces
Lo repitierón distantes.
La campana de la ermita
Tocó á rebato; y voraces
Poco despues ya las llamas
Sobre la techumbre salen.
En aquel punto, cruzaban
Tan cerca de sus umbrales,
Las dos damas, que por fuerza,
Bajo sus mismos pilares
El gentío que avanzaba,
Las obligó á refugiarse.
A poco tiempo, observaron
Que un doncel de buen semblante,
Mozo en años, bien dispuesto,
Vigoroso, atento, y ágil,
Una muger desmayada
Sobre sus hombros de Adlante
Sostenia, procur ando,
Cual rauda y velera nave
Que rompe las rudas ondas
De los tormentosos mares,
Traspasar aquel tropel

De la turba innumerable.
Le vió Lucrecia al pasar;
Y creyendo desmayarse
Apoyó en su tierna amiga
La pálida sien.—«Ah! infame!»
(Gritó con furia.) Le ves?
Es Federico!... Es su amante
Sin duda!— Es verdad; es tu hijo.
—No, Camila; no le llames
Hijo mio!—Cómo no?
—Cómo, es hijo de otros padres!
Mas ah! sigamos sus pasos,
Sino quieres que me mate
El pesar: que ya sabrás
Historias, ay! que te pasmen.

II.

Don Juan, don Luis, qué he de hacer?
Aconsejadme por Dios;
Si amigos me sois los dos
Ampararme es un deber.
—Federico, bien seguro
De nuestra amistad os veis;
Y pruebas grandes tenéis
De que es franca: os aseguro,
Que mi opinion es volverla
A sus padres, y aliviar
De esta manera, el pesar
Que habrán sentido en perderla.
—Lo mismo imagino yo.
—Don Luis, en vano.—Por qué?
—Mil cosas la pregunté
Y á nada me respondió..
Llegando á tanto el dolor
De la infelice señora,
Que á un nuevo desmayo ahora

Quedó rendida, y mayor.
—Pero, y nada habeis sabido
De sus padres?— No, don Juan.
—Ni averiguó vuestro afan
Tampoco donde ha vivido?
—Ni aun ella misma lo sabe,
Pues es aqui forastera:
Ayer llegó.—¡Quién pudiera
Remediar lance tan grave!
—Lo que sí puedo deciros,
Que postrada al accidente
Hablaba lánguidamente
Entre quejas y suspiros;
Y sea delirio, ó sea
Que en él pensaba, ¡ay de mi!
Dos veces, «Guevara» oí,
Y despues «Lope de Urrea.»
—Un don Gonzalo Guevara
Servia en mi regimiento.
—Guevaras conosco ciento.
Esto el empeño no aclara.
—El caso es que una doncella
Joven hermosa y honrada,
Se encuentra en una posada;
Y un moso, y doncel con ella.

Y que es tan fácil manchar
De la honra el limpio crisol,
Como difícil al Sol
Su lumbre hermosa apagar.
Mí edad, mi genio vehemente,
Y aun mi marcial profesion,
Darán mayor ocasion
A ese vulgo maldiciente.
En fin que si aqui se hospeda
Dirán la dejo afrentada:
Y que su fama de honrada
Sobre mi lecho se queda.
—Si no sabeis donde mora,
Ni si tiene deudo ó padre,
Que otro medio habrá que os cuadre?
—Eso es lo que el alma ignora.
—Y aunque la llevarais ya
A encomendarla al Mayor
De nuestros tercios, su honor
No por eso ganará.
Pues no será menos cierto
Que en vuestro lecho durmió,
Y que un Doctor la sangró.
—Gracias á él que no haya muerto!
Mas ah! debí preferir
Que espirase... —No, no amigo!
—A que la viese un testigo...

—Un testigo, que á decir
La verdad, solo dirá,
Que os vió asistirla en efeto,
Y que le admiró el respeto
Con que la hablasteis. —Quizá!
Mas, confesad fué imprudencia.
No es verdad, don Luis?—Yo no
La tengo por tal.—Ni yo;
Si no precisa asistencia,
Fué entonce imprudente acaso
Quien por salvar una dama
Desmayada, entre la llama
Se abrió con valor el paso,
Con tal riesgo de su vida,
Que aunque la ayudó tan luego,
Quedó ceniza del fuego
Su toca ya consumida?
—Es verdad: don Juan, don Luis
Cual mi dolor consolais!
Mi proceder disculpais?
—Sin razon os afligis.
¿Largo tiempo no estuvimos
Junto á la ermita esperando
Que la vendrian buscando,
Hasta que al fin, conocimos
Que era esponerla á la muerte
Prolongar ya mayor rato

El convulsivo arrebato,
De un parasismo tan fuerte
Pues si todo esto es verdad,
Vivid con ella tranquilo ;
Que en prestarla un noble asilo
No afrentais su calidad.
Y ademas , sin que esto pase
Ni aun á consejo siquiera ;
Y si tanto os condoliera
Que su honor se manchillase ,
Bien sabeis por cosa llana
Que hay reparacion vistosa ,
Con llamarla vuestra esposa :
Federiço , hasta mañana.

III.

Son las diez del otro dia,
Y aun el rumor de la fiesta
Se escucha del Manzanares,
En las frondosas riberas.
Mas ya la gente cansada
De pasar la noche en vela,
Mustia, ojerosa, y rendida,
Forma dos anchas hileras
Al retirarse en tropel
Por el largo de la cuesta,
Que por nombre inmemorial
Se llama la de *la Vega*;
Donde el cubo ennegrecido
De un corto lienzo de almena
La imagen de aquella virgen
Soberana representa,
Que auyentó de la morisma
Las escuadras altaneras.
La ermita del Santo, está
Casi la mitad por tierra;

Y aun las quemadas paredes
En los montones humean.
Junto á los negros escombros,
Solos dos hombres pasean;
Y alguna vez sus miradas
Entre furiosas y tiernas,
Se clavan por un momento
En aquel monton de piedras,
Cual si pensaran hallar
Alguna reliquia entre ellas.
El trage que visten, es,
De personas de gran cuenta,
Segun dicen los aromas
De sus guantes y melenas,
Y segun reluce el oro
De los pinchos de su espuela.
Ancianos son; y uno de ellos
Acaso demas lo sea,
Pues el peso de los años,
Rinde su blanca cabeza,
Que escasa de nobles canas
Sobre el coleto se asienta,
Hasta que impide la barba
Que mas adelante venga;
Semejando un tronco añoso
Que ha encorbado la tormenta.
El otro es fiero y erguido,

Y su porte y gentileza
Desmiente el rugoso sello
De su frente macilenta.
Altivo levanta el rostro
Como haciendo alarde muestra
De dos ojos, que aunque ocultos
Bajo sus pobladas cejas,
Fingen dos vivos volcanes,
Que entre nieve centellean.
Azules son, por formar
Armonía mas perfecta
Con la color sonrosada
De sus megillas aun frescas.
Dos horas van de silencio,
Y dos horas que no cesan,
De recorrer los escombros,
Y de mirar sus arenas;
Y en tan rara suspension
Ignoro cuanto estuvieran,
A no llegar un soldado
Y entrégales una esquela.
El mas anciano, leyó,
Del sobre escrito las señas.
«De una amiga, á don Gonzalo
»De Guevara, Artel y Urrea.»
Recorrió con avidez
Las breves líneas que encierra;

Prosiguió de esta manera.
«El ser Urreas los dos
Me hizo tomar la licencia
De ver la carta, sin ver
Que á don Gonzalo es la muestra,
Pero me huelgo ser ya
Quien os dé tan buenas nuevas,
Y exijo de vos albricias
Por las que á mi parte quepan.
Vive Eloisa.—¡Es posible!
—Con un doncel se aposenta;
Y aseguran que la trata,
Con respeto, y con decencia.
—Ah señor, dejad al menos
Que alguna lágrima viertan
Estos ojos, ya que tantas
Mi fiel corazon anegan.
Gracias, mil gracias os doy.
Quien duda de Dios blasfema!
—Si, don Gonzalo; no falta
Al triste la Providencia!
Ahora preparad el alma,
Don Gonzalo, toda entera,
Para aposentar su dicha,
Y aun dudo que la contenga.
Conoceis una señora
De Sevilla?— Ah... sí!— Lucrecia?

—Ese es su nombre, don Lope.
Y esta carta?—Es cierto, es de ella.
—Dadme.—Tomad, y advertid
Si es vuestra dicha completa.
—Como? Mi hijo! mi hijo amado,
Me prometen que le vea,
Y que hoy mismo, entre mis brazos
Le estrecharé con terneza!
Corramos, señor, corramos,
Por que temo de mi estrella
Segun fué siempre enemiga,
Que dejó de serme adversa
Porque al darme un desengaño
Me mate asi mas apriesa.
Este hijo amado, fué el fruto
De mis pasiones primeras;
El que he llorado perdido
Desde que nació á la tierra:
Cuyo recuerdo alentaba
Mi entusiasmo en la pelea;
Por quien estimaba tanto
Mis títulos y riquezas!
Como era hijo natural,
Me instaba aun mas la conciencia
A que pagase en el hijo,
Lo que le resté por deuda
A su madre, en no elegirla

Por mi esposa, y compañera.
Mas ya sabeis se terció
De mi amor en competencia
Aquel alferez francés;
Y aunque se quedó en sospechas,
Para un hombre como yo
Bastaba solo tenerlas.
Cesaron nuestros amores,
Partióse altiva y resuelta
Aquella muger llevando
El fruto de nuestras penas,
Sentida en que la ofendí
Cuando dudé de quien era.
Y aunque despues procuré,
Sin escusar diligencias,
Averiguar su retiro,
Se ocultó de tal manera
Que aun me ha dejado, ah cruel!
Ignorar de su existencia.
Llegando á tan alto punto
Su energía ó su soberbia,
Que algunas cuantiosas sumas
Que giré sobre Venecia
(Pues sospeché que en su patria
Acaso algun deudo tenga,)
A su nombre, con el fin
De prevenir su miseria

A favor de un Federico
He sabido dejó impuestas
En el banco, y sin tocar
Ni un escudo de las letras.
¡ Y acaso ese Federico
Será la perdida prenda
De un amor que quince inviernos
En mi corazon no hielan !
Don Lope no creo en esto
Que vuestro respeto ofenda ,
Pues de caberos mancilla
Me cabria á mí la mesma.
Dígolo por que ya somos
Deudos los dos tan de cerca,
Como lo está el que es esposo
De la inocente hija vuestra.
Que aunque no hace un sol cumplido
Que nos enlazó la iglesia ,
Y aunque á poco de ser mia ,
Nos sucedió su tragedia ;
Corre ya vuestro apellido
Con el mio de mi cuenta.
—Don Gonzalo , vanas son
Aquí escusas ni protestas.
No puede estrañarle á un padre
De otro padre la flaqueza ;
Y yo por mí, os aseguro

Que en estremo me interesa
Hagais legítimo al hijo,
Por acallar la conciencia.
—Y Eloisa que dirá?
—Es mi sangre.—¡Que grandeza!»
A largo paso subieron
Del Alcazar por la senda
Que cruza el campo del Moro
Al cubo de la Almudena.

IV.

Perdon, Señora, perdon.
—¿Por qué no me ha herido un rayo
Si el volver de mi desmayo
Es por ver mi perdicion?
Caballero fementido...
—Señora.—De ruin linage;
No valia tu hospedage
Mi pobre honor que has perdido!
Dejárasme allí morir,
Inocente y desdichada:
Por que vivir afrentada,
Me es imposible vivir!
Noble hazaña de un leon,
Esperar á que durmiera
La tierna y blanca cordera
Para herir su corazon!
Ay de mí! sabes quien soy,
Y que esta pobre muger,
La mas venturosa ayer
Es la mas infeliz hoy?

—Nada sé, sino que os ví:
Y en mal hora debió ser
Pues en tus ojos ayer
Alma y sentidos perdí.
La soledad, el secreto,
Tu hermosura, y la ocasion
Triunfaron de un corazon,
Que era noble, lo prometo!
Pero fué debil contigo,
Por mengua y desdicha mia;
Mi conducta ha sido impía,
Y yo tambien la maldigo!
Y si deseas vengar
La amargura de tus penas,
Con la sangre de mis venas
Yo te la quiero comprar.
Mas si otro remedio alcanza,
Que yo tendré á gran favor,
Concedeme de tu amor
La lisongera esperanza!
Mi vida te sacrifico;
A tus pies quiero espirar
Si reusas perdonar
A un esposo en Federico.
—Imposible! ah! desdichado!
—Soy aunque hijo natural,
Caballero principal

Que en la lid me he conquistado
Un nombre que no tenia,
Y un blason en mi cuartel;
En cuanto á adorarte fiel
No haré mucho, hermosa mia!
Respóndeme ; sí , por Dios !
¿Quieres seguirme al altar ?
—Cielos! No oiste llamar ?
—Un golpe han dado : ahora dos.
—Ya suben.—Pienso que sí :
Y aun de armas se escucha el ruido!
—Cielos ! El!—¿Quién?—Mi marido !
—Su marido ! La perdí !

V.

Lucrecia, Señora, os digo
Que me aterra vuestra vista:
Que soís el angel del mal
Que se goza en mis desdichas!
—Federico, cesa, cesa,
Que te enfurecen tus iras;
Y el hacer llorar un alma
Tan débil como la mia,
No es de tu buen corazon
Empresa gloriosa y digna.
—¿Pero qué te hice, muger
Para que asi me persigas?
¿Por qué te gozas en ver
Que he perdido mi Eloisa?
Y lo que es mas, porque fuiste
Tan cruel, tan mi enemiga,
Que el que lo avisó á su esposo
Fuiste, señora, tú misma?
¿Eras tú la que por madre
Me hiciste adorar un dia?

La que los sueños dichosos
De mi inocencia tranquila,
Llorando junto á mi cuna,
En amorosa vigilia
Guardabas con tierno afan,
Temerosa por mi vida?
¿Fuiste tú la que en tus brazos
Entre amorosas caricias
Puras, porque entonces lo eran
Las que yo te merecia,
Hiciste apuntar el bozo
Con tus hermosas sonrisas
Sobre mis labios de niño
Que tu nombre bendecian?
No, no eres tú, por desgracia,
La sensible y dulce amiga
Que gravó en mi corazon
De la virtud las semillas!
Sin duda que sueños son
De mi loca fantasía,
Aquellos tiempos perdidos
De tan sublimes delicias!
Que como sueños felices
Tan brevemente se olvidan;
Y como en la edad del niño
La ilusion todo lo anima;
Por eso el que la recuerda

La recuerda tan divina ,
Mas no puede asegurar
Si fué verdad ó mentira.
—Federico , ah ! Federico ;
No sabes cuanto lastiman
El alma de una muger
Las quejas de la injusticia.
Todos esos que recuerdas
Sueños de glorias perdidas ,
Fueron verdad , como son
Verdaderas tus perfidias.
Si gozas en que otra vez
Los azares te repita
De mi historia desdichada ,
Gózate pues en oirla.
Sabes que noble nací ;
Mas los cielos de Sevilla
Dieron un alma de fuego
En el cuerpo de una niña.
Las guerras de Flandes , fueron
Pronta ocasion de mi ruina ,
Pues me robaron mi padre.
Huérfana , pobre , sin guia ,
Entregué mi corazon
A la ventura. Benigna
Dispuso entonces mi estrella ,
Que fuese un hombre de estima ,

Don Gonzalo de Guevara
Y Urrea, en la infantería
Española capitan,
Quien con honrosa hidalguia
De mí se compadeciese;
Alzándome tan arriba,
Que ya iba á hacerme su esposa
Aunque para él tan indigna.
Zelos injustos causaron
Desazones imprevistas;
Y el orgullo en las mugeres,
Que es planta que no se inclina
Cuando injustamente hollado
Por tierra se les derriba,
Me decidió á separarme,
De sus recelos sentida,
Aunque era madre, y aunque era
Aquella ocasion propicia,
Para esperar que su mano
Legitimase cumplida
El fruto de unos amores
Que dieron flor entre espinas.
—Lucrecia, Lucrecia, y bien,
Soy yo ese hijo? ah! No prosigas
Sin descifrarme aqui mismo
Tan interesante enigma.
—Ofrezco decirlo, sí.

—Pues á qne aguardas remisa.
Una palabra te basta,
Una sola: dila !.. dila !
—¡ Federico !— Ya conozco
Que no lo soy ! No querria
Una madre ver el ansia
Que mi pecho martiriza !
Estas lágrimas ardientes
En su seno caerian,
Y ahogaran su triste voz.
Oh ! que el cielo te maldiga !
—Maldecirme ! por tu boca ?
Esa sentencia retira,
Por Dios ! por mí, Federico !
¡Por tu madre!— Me suplicas ?
Sí : levanta : ha sido injusta
Mi cólera ; ha sido impía !
Yo maldecirte ! Jamás !
Mas consiente me despida.
—Espera.— Esperar ! lo mandas ?
Obedezco todavía :
Porque no he de darte causa
Para que ingrato me digas ;
Y porque la vez postrera
Ha de ser... Toma una silla.
—No intento cansarte mas
Con mis querellas prolijas;

Ni con engaños tampoco
Merecer tu idolatría.
No soy tu madre!— ¡Ah! Lucrecia!
---Por esto no soy indigna
Ni me avergüenzo tampoco
Del cariño que me inspiras.
Yo he besado tus melenas
Cuando en mis brazos dormias,
Y han calentado mis ayes
Tus macilentas mejillas.
Yo me he gozado en formar
Tu generosa alma altiva,
Y en fecundar tus talentos
Con todo cuanto sabia.
Tú has sido mi amor, mi orgullo;
Y el que fueses maravilla
De otras madres, el anhelo
Que mis sueños embebia.
Con la edad y con los años
Que ocasionan la malicia,
Juzgué que era mas que amor
Mi maternal simpatía.
Temí sondar en el alma
La oculta y tremenda herida
Recelosa de encontrar
Añejo el mal que la escita.
Sí, Federico, mi afan,

Era un amor que encubria
Bajo el velo de la madre
Una pasion homicida.
Tú eras libre; mi esperanza
Por no morir tan aprisa
Esperó, y siguió esperando,
Hasta aquella de agonia
Noche horrenda, en que te huiste
De mi casa, y en las filas
De los tercios españoles
Que en Italia combatian,
Te enganchaste; prefiriendo
La muerte atroz en la liza,
Al amor de una muger
Que por tu madre tenias!
Si la razon saber quieres
De hallarte en mi compañia,
Fué morírseme aquel hijo
En cuyos ojos vivia;
Y procurando calmar
Mi pesadumbre escesiva
Tu madre.— ¿Mi madre?— Sí.
Pobre, aunque honesta y sencilla,
Casada con un soldado
Muerto en las guerras de Ungría.
—¡Padre mio! Ah! si, Lucrecia,
Solo nombrarlos me alivia.

Lucrecia ! ¡ Dios poderoso
Por su memoria os bendiga ,
Y por el bien que causais
Al huérfano !— Se moria
Vuestra madre , y preveyendo
En mis ojos que os pedian ,
Para consuelo en mis penas ,
Os colocó en mis rodillas ,
Y á poco espiró !— Ah! mi madre!
Yo buscaré tus cenizas!
—Fueron tan fácil remedio
A tornarme la alegría
Tus inocentes cariños ,
Que ocultando no existia
Mi propio hijo , en su lugar
Te hice pasar á la vista
Del mundo ; creyendo ya
Que la fama ilustre, antigua,
Los títulos y riquezas
Del de Urrea , servirian
Mas tarde á recompensar
El mucho bien que me hacias.
Cuando sospeché mi amor ,
Dejé de darle noticias
De tu esistencia , pues ya
Fuera infame la falsía.
Ahora que ya mi relato

Y tu impaciencia terminan,
Quiero prevenir escusas
Aunque tu no las admitas.
Sepe que á Madrid, los tercios
De Italia al fin se volvian,
Y por gozarme otra vez
En tu frente peregrina,
Vine á la corte tambien.
Del santo la romeria,
Me hizo ver tu noble arrojo
Con la dama de la ermita;
Seguí tus pasos celosa....
Y aquella carta fué escrita.
Mas pesándome despues
De que mi mano te aflija,
A don Gonzalo añadi
Que á su hijo en Madrid veria.
—Como ¿Juzgasteis, señora,
Que ayudara á una perfidia?
—Ahora no, porque ya sabes
Que su sangre no te anima;
Antes sí, porque jamás
Juzgué que tanto sabrias!
—Teneis que decirme mas?
—Que si á matarme no aspiras,
Le prometas un recuerdo,
Y una lágrima perdida

A la mas triste muger,
Que á tu amor se sacrifica.
—Una lágrima!... un recuerdo!
Sí, Lucrecia, mientras viva.

VI.

—Don Lope, demandas tales,
Entre buenos caballeros
Solo á las armas se dejan.
—Razon teneis, lo confieso.
—Cabiloso vais, señor.
—Pues no es por falta de aliento,
Que os fio de mi, dejaros
Bien airoso en el empeño.
Y aun á deciros verdad,
Jamás he salido á un duelo
Haciendo el triste papel
De padrino ó de tercero.
Y sabeis lo que he pensado,
Que dos á dos batallemos,
Si no desaira el contrario
El medirse con un viejo.
Que hasta eso alcanzan los años,
Y es que á cuenta del respeto
Por flacos nos desestimen

Esos bisoños mancebos!
—Por parte de Federico
¿Quien es el padrino?— Entiendo
Que un don Juan de Castañeda.
—Sí, un alferez de los tercios.
—Muy su amigo, y segun dicen
Sabedor de sus escesos.
—Basta esa razon y sobra
Para quitarle de enmedio.
—Os juro por esta cruz
Del hábito, que en mi pecho
Está mostrando, que nunca
He quebrado un juramento,
Que de solo á solo, á cuantos
Conocieren del suceso
He de sacar á campaña
Hasta contarles por muertos.
Que, vivo yo, no dirán
Que hay voces que escuchar temo
Porque me pueden poner
Mi baldon de manifiesto!
Por vuestra parte, don Lope,
Habeis quedado bien puesto,
Tomando tan sobre vos
De mi venganza el acierto.
Y lo que estimo, de mas
A todo encarecimiento,

Es de mi esposa Eloisa
El proceder tan sincero
En confesaros ingenua,
Su vergüenza y vilipendio;
Y de la grandeza vuestra
El generoso consejo
De enviarla entre mis brazos
A llorar sus sentimientos.
Sino la quisiera aun mas,
Tendríame yo por menos,
En no saber lo que vale
Tan puro desprendimiento
De si misma, en esponerse
A mi odio y menosprecio,
Por no dejar de ser franca
Con el que eligió por dueño.
Vamos al campo, don Lope,
Que me aguijan los deseos
De labar con sangre infame
Tan villanos desaciertos.
—Muchas veces he pensado
Que en el honor no era cuerdo,
Ni de sus leyes sabia
Quien lo fió á los ajenos.
Pues basta una lengua impura
Para afrentar nobles pechos;
Y un traidor para acabar

Con el honor mas entero.
Pudiendo mas la falsia,
La ocasion, y el fingimiento,
La injusticia, en fin, que puede
Un corazon siempre recto.
—Vamos al campo, don Lope;
Que acaso tarde llegamos.
—Cortárame entrambas piernas,
Segun me sirven de peso.
Este don Gonzalo es ya
El prado de Recoletos.
—¿Y no advertis que dos sombras
Se pasean á lo lejos?
¡Ellos serán, segun late
Mi corazon. —Sí, son ellos. »
Acercáronse, y los hombres
Que esperaban encubiertos.
Se aproximaron tambien
Para acortar los rodeos.
Sus cortesanos saludos
Fueron breves, y en silencio.
Concertaron dos á dos
El desafio, y resueltos
Desenvainaron los cuatro
Los fulminantes aceros.
A los primeros fendientes
Que retumbaron los ecos,

Escuchan varias pisadas
Presurosas á su encuentro,
Y dos damas encubiertas
Con las tocas hasta el suelo
—Por medio de las espadas,
Lijeras se interpusieron.
Dicen si vió Federico
Al traves del manto espeso,
Los ojos de una muger
Que ama y aborrece á un tiempo:
Lo que no le queda duda
Fué que en ademanes tiernos
Esplicó frases cortadas
A don Gonzalo en secreto,
Que de su rabia furiosa
Los ímpetus detuvieron.
Siguióse un corto coloquio;
Despareció la del velo;
Habló despues don Gonzalo
A don Lope con misterio,
Y á poco se adelantaron
A sus rivales suspensos.
« Federico, prorrumpió,
Con entrecortado aliento
El capitan, imposible
Es que el lance terminemos.
El ofendido fui yo;

Yo me doy por satisfecho.
Que no escusará un delito
Otro mayor y mas fiero.
Acaso pronto sepais
El delito horrible, inmenso,
Que por ser en daño mio
Os consintió el alto cielo!
—Mirad que un error... presumo..
Si os engañan. — No, no puedo
En sangre propia saciar
La sed de mi enojo ciego.
Y por ahora, basta. Adios.
Que aun, otra vez nos veremos!
—Quiera Dios, (dijo á don Juan
El buen Federico, al verlos
Alejarse) que aqui no haya,
Algun peligroso enredo!
Y de deberse aclarar
Mas tarde, pardiez que siento
No haber muerto ya á sus manos,
Porque sé que lo merezco! »
Calló don Juan, y dejaron
Despues el Prado desierto.
Aun no serian las cuatro,
Pues aun no iba amaneciendo.

VII.

Sigamos en su carrera
A las presurosas damas,
Que cual raudos torbellinos
Cruzan con rápida planta,
El Prado de Recoletos,
Y la calle estensa y ancha
Que atraviesa por el Carmen,
Y que comunica entrada
A la otra bien conocida
Del Caballero de Gracia.
En frente del oratorio
Que á su imajen se consagra,
Se detuvieron mirando
Los geroglíficos y armas
Que aparecian pintados
En la pared de la casa.
Sin duda se aseguraron
De sus temores entrambas,
Y convencidas de que era
Aquella la que buscaban,

Entraron en el portal
Con entera confianza.
Ricas alfombras, tapices
Adornan la hermosa sala
A donde pasar las hizo
Un criado sin tardanza.
Que en aquel tiempo dichoso,
Aun los criados usaban
Fino agasajo y buen modo,
Con solo ver tocas largas.
Su nombre las preguntó
Con humildad cortesana,
O de su visita el fin.
Aparecieron turbadas,
Sin saber que responderle:
Mas le replicó en voz baja,
Una de ellas: » Si escusando
El ser aun tan de mañana,
Podria doña Eloisa
Urrea Urtel y Guevara,
Dar audiencia á dos señoras,
Sobre un lance de importancia. »
Apenas el page oyó
La suplicante demanda,
Se retiró; y en el tiempo
Que ocasionó su tardanza,
Entre si con voz medrosa

Cambiaron estas palabras.
» ¿Que intentas? —¿No lo adivinas?
Federico sabes la ama
Con delirio. — ¿Y bien? — Y sabes,
Que es tan loca su arrogancia
Que aunque se lo he suplicado
De rodilla, ante sus plantas,
Y he abrasado sus dos manos
Con el fuego de mis lágrimas,
Jamás quiso consentir
En dar remedio á las ansias
De don Gonzalo, fingiendo
Que es el hijo que idolatra.
Mucho mas, cuando su vida
En riesgo inminente estaba
Por el desafio á muerte
Que exijió para venganza
De su honor, el don Gonzalo,
Y que yo impedí con maña.
—Con efecto, á Federico
La muerte poco le espanta,
Ni aun con tenerla tan cerca
Y su dicha tan lejana!
Volvió el page, y las condujo
Pasando muchas estancias
A un gabinete ochavado,
Rico en pinturas y estatuas

De los mas diestros artistas
De Roma, Flandes, y España.
En un sillon de respaldo
Está Eloisa sentada;
Las acojió sin cumplido,
Con nobleza y elegancia.
Acercó el page dos sillas,
Cerró la puerta dorada,
Y sus velos levantaron
Las misteriosas tapadas.
Un rato hablaron sus ojos,
En un momento de pausa,
En que recíprocamente
Escudriñaron sus gracias;
No de otra suerte, que atento
Antes de entrar en campaña
Un buen general, calcula
Sus fuerzas y las contrarias.
Rompió el silencio Lucrecia
Con voz trémula aunque clara.
« La licencia perdonad,
Bella Eloisa; y la causa
De la molestia, disculpe
Nuestra libertad estraña.
—Nada tengo que escusaros.
—Venir tan de madrugada
Es doble incomodidad

Que nos disgusta, y enfada
Teneros que ocasionar:
Mas el honor no repara.
—Señora, os ruego que hableis,
Y advirtais que no me cansa
Vuestra amable compañia;
Antes bien, sin que esto valga
Por lisonja, pues no sé
Lo que son lisonjas vanas,
Tan sentida es vuestra voz
Y penetra tanto el alma,
Acaso porque los tristes
Se adivinan en el habla
Que os aseguro que encuentro
Cierto alivio en escucharla.
En cuanto á ser importunas
Por venir antes del alba,
Nunca es pronto para aquella
Que en la noche no descansa,
Y que ve rayar sus luces
Sollozando y desvelada;
Y deja el lecho desierto,
Y en este sillon la aguarda!
Mas decidme á que venis,
Que las horas van con alas.
—Sí; un momento que se pierda
Puede hacernos mucha falta!

Don Gonzalo, vuestro esposo...
—Cielos! alguna desgracia?.
—Hermosa Eloisa, no;
Por ahora no temais nada;
Aunque no ha muchos momentos
Que en un desafio. —. Ah! infausta
Y enemiga suerte mia!
—Sus fulminantes espadas
Pudo suspender á tiempo
Mi constante vigilancia.
Mas acaso nuevamente
Los enemigos se aplazan.
Si vos no favoreceis
Mis intentos.—Sí, me basta
Para ayudarlos, saber
Que de mi esposo se trata.
—Vos, Eloisa, ignorais
Dé u[illegible]a dama sevillana
Sus primeros amorios?
—Sí; los sé—¡Tú eres!—Acaba!
—El arbitrio que encontré
Para derrocar su saña,
Fué hacerle creer que el hijo
Por quien en sueños rezaba,
Era el mismo á quien quiza
Rasgaria las entrañas
En aquel sangriento duelo

A que feroz se lanzaba.
—Mas di, es su hijo? Lo es, Lucrecia?
—Eloisa, no. —¿Me engañas?
—Os lo juro por su vida
Ante la imagen de plata
Que llevais de ese collar
Pendiente de la garganta!
¡ Murió nuestro hijo ! Ese joven
No pertenece á su raza.
—¿ Y cual será el resultado
De ayudar esta falacia ?
—Solo el que vos consintais
En que con él se repartan
Algun dia vuestros bienes
Como herencia necesaria ;
Ese todo el mal será.
Los bienes, que en quieta holganza
Podais del hidalgo esposo
Al besar las nobles canas,
Gozaros en que vos sois
El angel que se las guarda.
Poder estrechar sus manos
Sin mirar las rojas manchas,
Que de un torpe asesinato
Y sacrilegio resaltan !
--- Si, consiento : en todo, en todo.
Ahora bien, decidme franca,

Que debo hacer. — Escuchadme.
El joven os idolatra,
Una órden vuestra será
Para él religiosa y santa.
Mandadle que no declare
Jamás su nombre ó su patria,
Y que consienta en pasar
Por aquel hijo que aguarda
Con tanto afan don Gonzalo,
Y que nunca el pobre abraza.
Se lo he suplicado yo,
Y lo tuvo por infamia.
Si vos no lograis rendirle,
Y en su error le desengaña.
—Morirán, si morirán!
Comprendo su encoco y rabia.
¿Y ese joven tan restado
Que ni aun la muerte le arrastra
A confesarse por su hijo,
Quien es que tan ciego acata
La voz de una muger triste?
—Decidme, teneis constancia,
Para saberlo? — Lucrecia!
—Generosidad os falta
Para perdonarle? — Ah! Es él!
Perdonarle nunca. Basta.
—Le hablareis?—No.—Por piedad,

Por vuestro esposo! — Ah ! inhumana !
—Por vuestro padre! — Tambien
Por su vida me amenazas ?
—Padrino ha sido en el duelo,
Y...—Ah! Lucrecia tu me matas !
¡ Morir mi esposo , mi padre !
—Una voz tuya los salva.
—Si , que venga Federico.
—¡ Dios bendiga virtud tanta !

VIII.

—Volved, Federico, en vos.
—Estabais aqui, don Luis?
—Cuando ahora lo advertis,
Turbado estais, vive Dios.
Que hechizos habeis bebido
En esa cita de amores?
—Fuera de burlas, señores,
Que no hableis en eso os pido.
—Veis, don Juan, que aire tan serio!
—Ni es cita, ni fué de amor,
Sino un empeño de honor,
En el que guardo misterio.
—¿Que hay de vuestro desafio
Con el señor capitan?
—Por ahora nada, don Juan.
Descansad amigo mio,
Que cuidaré de buscaros
En caso de no ajustarse
Nuestras paces. — En matarse

No se anda nunca en reparos.
A fé de Luis, que en lugar
De andarme con esos plazos,
A fuerza de cintarazos
Yo lo habia de zanjar.
¿ Han llamado? — Si, han llamado.
—¿ Esperais á alguien ? — Si espero.
Hablar á un amigo, quiero
De un asunto reservado.
—Segun eso, os vendrá bien
Que el sitio desalojemos?
— Despues, don Juan, nos veremos.
Por aqui, que si no os ven.
—Casa teneis de dos puertas ?
Pues no es buena de guardar.
—No tengo que recatar,
Por eso están siempre abiertas. »
Por la una juntos salieron
Los amigos que le hablaban ;
Y por la otra puerta entraban
Los que á la sazon vinieron.
Era una dama galana,
Y un caballero embozado;
Don Gonzalo y á su lado
Lucrecia la sevillana.
Imperceptible sonrisa
Sobre sus labios notó

Federico , y recordó
Su cita con Eloisa.
Y á su memoria trayendo
Lo que le exijió llorando,
Está en el alma buscando
Valor para entrar fingiendo.
— « Federico , ya sabrás
Por Lucrecia que es tu madre.
Que soy tu infelice padre !
Infelice por demas ! »
Lucrecia al ver su tardanza
En responder , se pasó
A su lado , y murmuró
« Y Eloisa ? Y su esperanza ?
—Si señor , todo lo sé.
Replicó el joven resuelto ,
De su asombro apenas vuelto.
— « Olvido y perdon!— Si á fe.
—Tu que cuentas pocos años ,
Aprende en mi larga edad
Lo que amarga la verdad
De tremendos desengaños.
Procura siempre enfrenar
De t us pasíones el vuelo :
Aprende en mi desconsuelo
Lo que hacen ellas penar!
Mira esta pobre muger :

En premio de que me amó,
Mi orgullo la abandonó
Con mengua de mi deber.
El ser padre que en la tierra
Dicen que es el bien mejor,
Es el tormento mayor,
Para el que oculto lo encierra
En su pecho, sin nombrar
Nunca al hijo idolatrado;
Porque no halla un nombre honrado
Con que poderle llamar!
Quien la virtud menosprecia,
Quien no acata su decoro
Lo paga en eterno lloro!
Ya lo ves en mí y Lucrecia!
En fin hijo; que por hoy
Ya este nombre te he de dar,
Para despues olvidar
Hasta el nombre que te doy:
Tu has castigado mi error,
Con el suplicio mas fiero:
Yo te le negué primero,
Tu me has quitado el honor.!
Parte, parte á estraños mares;
Pero llévate al partir,
El consuelo de decir,
Te perdono mis pesares!

Llévate mi corazon
Pues por mas que te acrimino,
A ti me inclina el destino:
Llévate mi bendicion!
—Señor, mirad no debeis....
—Joven, le dijo Lucrecia,
Sabeis cuan bella es Venecia,
A Venecia partireis.
Pingües rentas de sus bienes
Os darán cómoda holganza.
—Si partiré sin tardanza.
Bien, Señora, lo previenes.
—Con la condicion precisa
De no vernos nunca mas?
—Si señor.— Nunca?—Jamás.!
¡Te he obedecido, Eloisa!
Los tres un grupo formaron
Con sus brazos al ceñirse;
Y sin un *Adios* decirse
Los tres al fin se apartaron.

IX.

Camila; somos felices!
Va á partir! ¿Pero que tienes?
Habla, Camila; tu rostro
Tan pálido me estremece!
—Apenas saliste, un page
Me ha entregado este billete.
—¿Tan á deshora? Dios mio!
—Me repitió varias veces
Que era urgentísimo.—Ay! triste.
«Sabreis,» (no acierto á leerle,)
»Que todo está descubierto.»
¡Vírgen del dolor valedme!
»Mi padre tuvo noticias
»De que estuvisteis á verme:
»Me oyó hablar con Federico,
»Oculto en mi gabinete.
»*Eloisa, hija del alma*,
»Me dijo con voz solemne,
»*Dios no permite una infamia*
»*Aun salvando á un inocente*;

»*Mucho menos por salvar*
»*Un seductor vil y aleve!*»
»Sin duda á matarle van
»Pues requirió de repente,
»Su tizona de dos filos,
»La de los duelos de muerte.
»Me deja encerrada y sola;
»Sí vos no habeis de valerme,
»Solo rezar y gemir
»La triste Eloisa puede!»
Corramos; Camila á Dios!
La abrazó ardorosamente;
—Lucrecia!—Mis bienes tuyos
Serán... Adios... Para siempre!
—Espera!—Vivir no espero,
Si mi Federico muere!»
Partió frenética al punto,
Y la siguió velozmente
La sollozante Camila,
Que como á madre la quiere.
La cuesta del *Buen Retiro*
Suben con pasos tan leves,
Que si pisan es tan poco
Que la arena no lo siente.
Al llegar junto al camino
Que de Alcalá el nombre tiene,
Vieron á un lado luchando

Cuatro hidalgos frente á frente.
Dos hondos suspiros lanzan
Las dos damas que se pierden
Entre el rumor de las armas.
Sus voces las desvanecen
Los ayes de los heridos,
Los tajos de los que hieren.
Dos solos quedan ya en pie;
Y el uno de ellos parece
Mal parado, pues el brazo
De una banda se suspende.
Ancianos son, y se abrazan.
Los que en el suelo fallecen
Son jóvenes: por los años
No ha estado la buena suerte!
—«Tarde llegamos!—No es tarde,
La replicó con voz fuerte
Don Gonzalo, pues presencias
Que castigo á quien me vende!»
Dijo, y se alejó: y Lucrecia
Junto á los muertos perene,
Era una estátua brillante
Sin calor que la alimente.

De el hospital de los locos
De Toledo, cinco meses
Despues, salian dos hombres
Que una señora sostienen.
Lisiado el uno del brazo
Izquierdo, que apenas mueve,
El otro buscando apoyo
En su báculo, por débil,
«Pobre loca!» murmuró
La dama con voz doliente,
¡«Jamas me pienso olvidar
De lo mucho que padece!
Huyamos de una ciudad
Donde hay que ver tantas veces,
Este sepulcro en que entierran
Los que por amor se pierden;
Que solo el amor podria
Volver un alma demente!
¡Pobre loca!» repitió
Eloisa, y partió en breve.
«¡Lucrecia infeliz!...» dijeron
Los ancianos tristemente.

COMPRAR EL TRONO DE UN PUEBLO

CON LA SANGRE DE UN HERMANO.

CUENTO HISTORICO.

II.

En arrogantes corceles
Corriendo á galope largo,
Camino van de Montiel
Hasta doscientos cristianos.
Ginetes son de Castilla,
Nobles é ilustres vasallos,
De don Pedro el *Justciero*,
Sostenedores gallardos.
Que con ser tan populosos
Sus florecientes estados,
Y tener tan luengas tierras,
Y ser sus dominios tantos,
Solo encontró en su desgracia
Doscientos fieles hidalgos,
Que le ofrecieran dispuestos
El corazon y las manos.
Pocos son, pero valientes;
El ser pocos, no es estraño
Teniendo don Pedro el rey

Tan en su contra los hados.
Y el ser valientes tampoco,
Porque sus pechos bizarros,
Aprendieron de los montes
La firmeza y desengaño;
Porque han bebido en las aguas
Que esmaltan tan nobles campos,
Y en sangre leal tiñeron
Gloriosos antepasados;
Y por que nunca se olvidan
De que á su apostol Santiago,
Ser adictos á sus reyes
Eternamente juraron.
Ligeros van y ufanosos
De probar á sus contrarios
Los del conde Trastamara,
Don Enrique *el Soberano*,
La fuerza de su razon,
Y la razon de sus brazos.
Y en poco el número cuentan
De los del opuesto bando;
Que un alma que aliente el fuego
Del deber y el entusiasmo,
Bien vale por cien cuchillas
De cobardes y menguados.
Y que lo son los del conde,
Pardiez que no hay que dudarlo,

Pues la sangre generosa
Del Onceno Alfonso, osados
Dejan se manche y degrade:
Y aun el solio, asilo santo
Donde solo antiguas razas
Su nobleza perpetuaron,
Hoy le ofrecen para silla
De un hombre en todo bastardo,
Pues fué villano en nacer,
Y en sus acciones villano;
Ni me acriminen tampoco
Que le injurio ó que le agravio,
Que es mas que villano el hombre
Que en su propio bien soñando,
Las víctimas no repara,
Que condena á su holocausto;
Ni vé una valla en la sangre,
Ni aun con ser la de su hermano!
Al frente de aquellas tropas,
En un revuelto castaño,
Que fuego bebió en las ondas
Maravillosas del Darro,
Cabalga un noble doncel,
El ardido don Fernando,
De los mejores del reino,
Y del linage de Castro.
Privado del rey le llaman,

Y su alferez en el campo,
De los pocos que le asisten
En su cámara y estrados.
Y á fé que merece en mucho
Los reales agasajos,
El franco y leal carácter
De aquel jóven toledano;
Acaso el único amigo
Del de Castilla, y acaso
El que menos hace alarde
De su amistad en palacio.
Porque piensa para sí,
Que la lisonja en los labios
Es para hablar á las damas
En festines y saraos;
Y que una verdad modesta
Debe solo el cortesano,
Rendir respestuoso al trono.
Mas á cuenta del recato
Con que se escusa en lisonjas,
Y en mil rendimientos vanos
Guarda en el hondo del pecho
Un corazon tan postrado,
Una voluntad tan firme,
Un sentimiento tan franco
De adhesion hácia sus reyes,
Que la vida con ser harto,

Es lo menos que ganoso
Consiente en sacrificarlos.
No desconoce don Pedro
Lo que vale tal privado,
Y aun por eso hácia Granada
Le mandó con los despachos
Para el rey moro Aliatar,
Por ganárnele á su bando.
Gutier Sanchez de Gumilla,
Caballero zamorano,
Va á su izquierda; y á su diestra,
En un cordobés pintado
Sobre un trapio perlino,
De muchos lunares blancos,
El mismo Aliatar famoso,
A quien supo sin amaños,
El doncel, interesar
En defensa de su amo.
Costeando van la orilla
De Guadalmena, que manso
Sus corrientes allí enfrena,
O por gozarse en mirarlos
Mayor tiempo, ó porque puedan
En un espejo mas claro
Reflejarse armas, ginetes,
Banderolas y caballos.
En tan ameno paisage

Los ginetes hacen alto,
Para dar tiempo á que llegue
El grueso de los soldados:
Que aunque moriscos los mas
Y de Astarot partidarios,
No es culpa del rey don Pedro,
Si los propios le dejaron,
Que acoja de buena ley
Los que le acorren estraños.
De arqueros diestros alarbes
Y flecheros desmontados,
Por veinte mil y quinientos
Le conduce el africano;
Y de moros fronterizos,
Y caballeros de rango,
Hasta dos mil ochocientos
De los mas determinados.
Ya miran del polverio
Los remolinos lejanos,
Y densa nube parece
Que por la tierra rodando,
Ofusca del sol la lumbre,
Oscureciendo los campos.
Ya semejan en tropel,
Pardas montañas volando
Que van ciñendo á la tierra
De sus tinieblas el manto.

Mas ya al fin se desvanecen
Los cenícientos nublados,
Y alguna ráfaga errante
Despide un destello pálido.
Ya se disipa la niebla,
Se multiplican los rayos,
Y llamas de fuego brillan
Los almetes y los cascos.
Las cimitarras deslumbran,
Y los petos de Damasco,
Y las adargas de Tunez,
Y el oro de sus brocados,
Y las colas de sus yeguas
En sus pendones listados,
Y las blancas medias lunas
Por encima de los lazos.
Adufes mil y añafiles
Sonoros ecos vibrando,
Marciales himnos confian
A los montes y á los llanos.
La plata de sus arneses,
Sus joyas, bandas, brocados,
Gasas, plumas y colores
Que en confuso jirar mágico
Entre un vapor ceniciento
Dibujan del sol los rayos,
Forman lucidos cambiantes

Ilusorios y fantásticos
Que las potencias embeben
En sabrosísimo encanto.
Gozoso estaba Aliatar
Las escuadras contemplando
De sus moros triunfadores,
Y con marcial arrebato,
Asi á don Fernando habló:
«Si nos cumple lo pactado
»El valiente *Justiciero*,
»En vano serán, en vano,
»Los impotentes esfuerzos
»De ese Enrique afortunado;
»Pues al fin se estrellarán
»En las flechas de mis bravos
»Escuadrones, que á su frente
»Arrojarán los pedazos;
»Y estas huestas son ya solo
»Un pobre recurso, escaso,
»De las fuerzas poderosas,
»Y del grueso de soldados
»Que aun desierta el Asia entera
»Dejarán por inundaros
»Con egércitos furiosos
»Que lleven la empresa á cabo.»
El jóven le respondió;
—»Para cuando llegue el caso

»Deja valiente Aliatar,
»Encarecimientos raros.
»Con que esos moros que traes
»No desmayen al asalto;
»Y traigan tantos alientos
»Como flechas y venablos:
»Como justen en la liza,
»Como en la zambra danzaron;
»Y diestros como en sus motes,
»Sean en dar cintarazos,
»Tén por seguro que vienen
»No digo pocos, sobrados
»Para estirpar de Castilla
»Los enemigos ingratos.
»Y no por esto presumas
»Que los juzgue yo por flacos,
»Ni por remisos tampoco
»En el lance de mostrarlo;
»Pues á mas de que otras veces
»Solo á solo batallamos,
»Conozco que en el empeño
»No negarás el amparo
»Por caballero y por Rey
»A un Rey caballero.— «Al cabo
»Tus pláticas á ser llegan
»Razonables, que has estado
»Con los mios poco atento,

»Y no mucho cortesano
»Con mi honor: y si alguien tiene
»Ocasion para dudarlo,
»Mas bien soy yo de don Pedro;
»Pues son tantos los reparos,
»Con que vá nuestras demandas
»Sordamente enmarañando
»Que de su palabra temo.»
—«Pues no temas, africano,
»Que no saben nuestros reyes
»Traficar con el engaño:
»Ni los buenos que le sirven,
»Ajustarse al embarazo
»De peligros y desmanes
»Que ocasionan los engaños.»
—«Altivo estás, mas no es bien,
»Que tu voz, jóven incauto,
»De nuestra liga sublime
»Rompa los vínculos santos.
»A bien que hoy debe firmar
»Las credenciales, si es caso
»Que consiente; y á no hacerlo,
»Solo se pierde el cansancio
»De mis tropas, que el volverse
»Despues será necesario.»
A estas razones llegaban
De sus coloquios entrambos,

Cuando á la falda del monte
Los moros iban pasando.
En el centro de las huestes,
Y en filas de cuatro en cuatro,
Conducen una litera
Con florones y resaltos
Arabescos, cien eunucos
Poderosos, aunque esclavos,
Que solo en Africa saben
Sin ser libres, vivir tanto,
Y estribar en sus cadenas
El solio de sus tiranos!
Al pasar junto al doncél
Las alcatifas alzaron
De una ojiva portezuela.
Dicen saludó la mano
De una hurí tan celestial,
Que aunque la sacó de paso
Y envuelta en un alfareme
Delicadísimo y blanco,
Se llevó tras sí los ojos
De mas de algun castellano,
Cual si quedaran sin lumbre
A la luz de algun relámpago.
Y no falta quien la vió
Romper una flor de un ramo,
Y arrojársela al arzon

Del gefe de los cristianos.
Por fin desfilaron ya
Los tercios mahometanos,
Y en pós de ellos los guerreros
Todo el dia caminaron;
Hasta que al fin de la tarde,
Antes que el Sol en su ocaso
Entre celages de fuego
Hundiese el brillante carro,
A las torres de Montiel,
Almenas y empizarrados
Dieron vista: y el vigía
De la Torre de San Pablo,
Hizo tres veces sonar
Los clarines á rebato.

II.

En un aposento oscuro
De un torreon del Alcazar,
Dos hombres hay agrupados
Junto á un hogar que se apaga.
el techo abovedado,
Y de piedra las murallas,
En donde un hueco se vé
Que es ó tronera ó ventana;
Pero como es una sola,
Y tan angosta y tan alta,
Apenas la luz del dia
Hasta el pavimento baja;
Y aun la que entra vá partida
Por los hierros de las barras.
Un tiempo fué calabozo,
Pero en el año que pasa,
Y es el de mil y trescientos
Sesenta y nueve, de cámara

Servia ó lavoratorio
A un alquimista, que ensaya
Bajo sus negras paredes,
Los sortilegios y cábalas
Con qne sondean las nubes
Los doctos en judiciaria.
Dos bancos hay sin respaldo,
Tan estrechos que no alcanzan
A dar el punto de apoyo
Que requiere el que descansa.
Sobre una mesa arabesca
De molduras y ojarascas
En bronce y acero fino
Con prolijidad talladas,
Se vén esferas, redomas,
Pedernales y medallas,
Geroglíficos, compases,
Y pergaminos y mapas;
Amen de efectos curiosos
De vetustas anticuallas,
De hornillos y de crisoles
Por el suelo de la estancia.
Luz ya no arrojan los cielos
Porque es de noche, y tan alta
Vá que tres horas no restan
Para empezar la mañana.
Y hasta entonces en verdad

Que no la echaron en alta,
Pues les sirvió de lumbrera
Del hogar la fogarata.
Mas como ya solo brilla
Entre las pálidas brasas
Alguna chispa que al punto
Desvanecida se exhala;
Apenas un tibio albor
El reflejo de las ascuas
Al morir entre cenizas
Sobre la frente rechaza,
De aquellos dos personages,
Hombres, espectros, ó estátuas,
Que todo pudieran dar
De imaginaciones causa
Su estraño silencio, y mas
Su imovilidad estraña.
Sin embargo se distingue
Que no pueden ser fantasmas
Por los rayos que sus ojos
Entre las sombras derraman,
Y que hacen patente el fuego
Que les comunica el alma.
El mas jóven, que pardiez
Aun siete lustros no alcanza,
Es de ademan caballero
Y novilísima traza.

Negras y cortas las puntas
De su cabello y su barba
Dán á un rostro varoníl
Energía y arrogancia.
Nariz corta y aguileña,
Noble y audaz la mirada,
Ancho de hombros, bien dispuesto,
Fornido y de gran pujanza;
Aunque fino en su ademan
Cuanto cortés en palabras,
No cabe duda en que tiene
El doncel la sangre hidalga.
El trage un jubon listado
De verde mar y escarlata;
Un ferreruelo de pieles,
Y un sombrerillo sin falda.
Un cuchillo empavonado,
A estilo de monte ó caza,
Lleva en su cinto prendido
Mas que en defensa por gala
De no desmentir lo airoso
En dejarse ver sin armas;
Que de ello mucho se cuidan
Los que vienen de su raza.
Viste un calzon ajustado,
Y retorcidas las calzas;
En lo cual se mira bien

Que el hidalgo que las gasta
Sin curarse de atavios,
Va sin embargo á la usanza.
El otro hombre, que á su lado
Al embozo de una capa
De seda roja, su rostro
De la muerta luz recata,
Moviendo maquinalmente
La lumbre con las tenazas,
Cual si tomara á placer
Poco á poco sofocarla;
Ostenta un traje de armenio,
Y una caperuza blanca
Sobre sus sienes sujeta,
Su cabellera aunque escasa
Suficiente á entrelazarse,
Con su bien crecida barba,
Que hasta la cinta del cuerpo
En mechones se desgaja.
Rugosa frente, mejillas
Encendidas cual la grana!
Su mirar es de traidor,
Risa sardónica, amarga,
Que sus dos labios sutiles
Combulsamente dilata:
Con tan continuo temblor,
Que el que atento lo repara,

Juzga si acaso estarán
Tan trémulos porque engañan,
Y al vender la muerte impía
Desfallecidos desmayan.
Pues segun cuentan los moros,
Benahin el de Granada
Que este es el nombre del docto
En la ciencia planetaria,
En pócimas y brebages
De los que la vida atajan,
En conjuros, adivinos,
Y en artes de nigromancia,
Es Benahín, el mas diestro
De los diestros de la mágia.
La voz del jóven vibró
Como un chasquido en la sala,
Pues era aguda, y el eco
La repitió destemplada
En revibrante zumbido
Largo espacio al reflejarla.
Fijó el astrólogo entonces
En el jóven sus miradas,
Y despues en un relox
De arena menuda y parda
Que iba indicándole al tiempo
Con sus granos que volaba.
Cogió el astrólogo un frasco

Y tocándole á una vara,
Sintiose un roce, y despues
Una punzante humarada
De inflamado combustible,
Y brilló oscilante, escasa
Una luz verde y azul
Al principio, y despues clara.
El Mago la colocó
Sobre una serpiente de hasta;
Y aquella lengua de fuego
Que muda tambien les habla,
Y que ahuyentó las tinieblas
De aquella oscura morada,
Vino á sacarles á entrambos
De imaginaciones tantas
Como en su mente confusa
Desvanecidas rodaban.
En aquel momento, el jóven
Volvió á comenzar la plática.
—« ¿Cónque por mi se decia
»Tan estraña profecía?
»Si otra vez me la leyeras,
»Acaso asi distrajeras
»Mi amarga melancolía.»
—»En las partes de Occidente,
»Entre los montes y el mar,
»Una ave negra y traidora,

»Ha de nacer y ser tal,
»Que los panales del mundo
»Para sí recogerá;
»Y todo el oro del orbe
»Codiciosa gomarlo há;
»Y no morirá del daño,
»Y despues tornará atrás;
»Y las péñolas por fuerza
»De su cuerpo arrancarán;
»Y de puerta en puerta errante
»Ni un asilo ha de encontrar:
»Y acogiéndose á las selvas
»Encerrada morirá,
»Para Dios, y para el mundo
»Que es doble fatalidad!»
— ¿Cónque ese será mi fin?
Pudieras creer, Benahín,
Que esa lectura me alegra?
¿En que pensaba Merlin
Cuando me llamó ave negra?
—El misterioso secreto
De los hados, gran Señor,
Alcanza el sabio!
—En efeto,
Yo de los sabios respeto
Y de su ciencia el valor.
Mas respetar la impudencia

Que se erige en providencia ,
Me sobra fé , y hasta ciencia
Para no ser tan menguado.
Rolla , rolla el pergamino
Que aunque tome por holganza
La charla de ese adivino ,
Para tanto desatino
Mi sufrimiento no alcanza.
¿ Qué padres los suyos fueron
Que tan otro le engendraron ?
¿ Qué otras artes le imbuyeron ?
¿ Qué otros milagros hicieron
Los libros que le adiestraron ?
¡Qué diera yo por tener
En mi reino á ese Merlin,
Para apurar y entender,
Si era su genio y poder
Como es el tuyo , Benahin!
Entonces yo le diría
Si el Cielo que le inspiró
Tan singular profecía,
No le inspiró que podria
Ahorcar los profetas yo.
—Temed que vuestra jactancia
En contra os ponga los hados
Que os inclina mi constancia!
—¿ A mí sermones hinchados ?

Maldita tu nigromancia.
Para los hombres sin fé
Deja esas artes, Benahin,
Que yo para mí bien sé,
Cuanto ignora el que no vé
Ni aun si está cerca su fin.
—Soberano de Castilla,
La ciencia tambien se humilla,
Destrúyela con tu planta:
No por eso á tu garganta
Separas mas la cuhilla.
— ¿Juzgas que tengo temor
De vanas hechicerías?
Rindo á los doctos su honor,
Mas solo creo al Señor
En llegando á profecías.
Trazar el rumbo á un lucero,
Fijar un eclipse al Sol,
No es un milagro, embustero;
Lo que lo fuera, hechicero,
Es dar oro tu crisol.
No soy del vulgo ignorante,
Supersticioso ó sencillo,
Que á la voz de un nigromante
Mira brotar un diamante
De las ascuas de su hornillo.
Te equivocaste, africano,

Hijo de la inmunda grey:
Y aunque por ser tan villano,
No has de morir por la mano
De un caballero y de un rey,
Pues hajaste mi grandeza,
Yo hundiré tu presuncion,
Demostrando tu flaqueza:
Y mañana tu cabeza,
Verá el pueblo en mi balcon.
Verá que el que manda al sino
Tiembla solo ante mi nombre:
Conocerán que el destino
De hallarse sujeto á un hombre
No fuera á un hombre mezquino.
—Don Pedro, Don Pedro.
—Y bien,
Sabes puedes ayudarme,
En mi pretension.
— Tambien
Sé que vais á ajusticiarme.
— Segura tienes tu sien,
Si es que aquí nos entendemos.
Y pues ya nos conocemos,
Y pues la llevas perdida,
Mira si estimas tu vida
Para que en tratos entremos.
Sabes que Aliatar intenta

En pago de su amistad
Exigirme á buena cuenta
Que en el enlace consienta
Con su Zulema.
—. Es verdad.
—» Que don Fernando la adora;
Que la hermosísima mora,
Paga sus tiernos amores,
Y que mis reales favores,
En vez de estimarlos llora.
— Si señor.
—Sabrás tambien,
Pues el suponerlo es llano,
Que no puede ceñir bien,
De una agarena la sien
Corona de un rey cristiano.
Por otra parte, perder
El apoyo de Aliatar,
Que solo así pude hacer
Me venga á favorecer,
Puédeme el reino costar.
Ahora bien; tu ayuda espero
Para conciliar el modo
De ser á la fé sincero,
De un amigo verdadero
A quien amo sobre todo:
Haciendo entender de paso

Al rey moro de Granada,
Que aunque exigencia estremada,
Condesciendo, y que me caso
Con su Zulema adorada.
  Todo está previsto: advierte
Si quieres serme leal,
Pues le prometo gran suerte!
—Juro servirte.
—Y la muerte
Castigará al criminal.
  ¿Qué, está bien resuelto?
—Sí.
—Pues sígueme y, ¡ay de tí
Si quebrantas tu promesa!
Toma esa luz y anda apriesa.
—Rey te acordarás de mí!
  Salió delante el armenio
Murmurando estas palabras,
Y el rey don Pedro detras
Con leve y furtiva planta;.
Y aun si la sombra del muro,
Se ha de creer que no engaña,
Dibujó el negro perfil
De una mano levantada,
Y de un cuchillo que en ella
Parece al menos que ensaya
El golpe con que ha de herir

Si un torpe traidor le asalta;
Pues va rozando su punta
Del astrólogo en la espalda
Por una oculta escalera
De caracol, lentos bajan;
Hasta que al fin el reflejo
De la linterna les falta,
Y de sus pasos el ruido
Vá atenuándose, y se apaga.

III.

Arde una lámpara de oro
Suspendida de un pilar
De una capilla arabesca,
Subterránea sepulcral.
Algunas tumbas de marmol
De infinita antigüedad,
Sus negras cruces levantan
En aquel santo lugar,
Como espectros vaporosos
Que en muda vigilia están,
Esperando que sus almas
Pasen á perpetua paz.
A un estremo se divisan
En las gradas de un altar,
Y en presencia del ministro
Que los vino á desposar,
Encubiertos y de hinojos
Un doncél y una beldad.
Enlazados ya del cuello

Por los lazos de un cendal
Que con ser leves oprimen
Por toda una eternidad!
Que aunque es cierto que no pasa
Nuestra vida por ser tal,
Bien puede decirse eterno
Lo que no acaba jamás,
Mientras duran nuestros dias
Que breves siempre serán!
Pocos y mudos testigos
Oyen la misa nupcial:
Pocos, porque no se fian
Los desposados demas;
Y mudos porque es su objeto
Solamente presenciar,
Y dar fé de que es cumplida
Tan santa solemnidad.
Ocultos y entre las sombras
Que las sepulturas dan,
De vez en cuando se escucha
Alguna voz murmurar,
O alguna planta medrosa
Que se desliza fugaz,
Y aun de aceros y de espuelas
El medroso rechascar.
El ir con armas ya es prueba
De que algunos riesgos hay,

Si el secreto y el misterio
No lo hicieran sospechar.
La ceremonia concluye ;
El sacerdote se vá ,
Los hombres desaparecen ;
Solo dos quedan detras
De los nobles desposados ,
De su respeto en señal.
Queda la iglesia en tinieblas;
Se oye una verja cerrar ,
Y un sordo y lento murmullo
Aunque distante quizás :
Y despues , como de un hombre ,
El tardo caer, y un ¡ay!
Tan horroroso y tan débil,
Que de su alma al espirar
Debió de ser el postrero
De su martirio final.

IV.

Como estaba el rey incierto
Del lance de don Fernando,
Con sus nobles platicando
Pasó la noche despierto.
— «Del nuevo dia la luz
En Toledo nos verá,
Que humilde al fin besará
De mis pendones la cruz.
Que esa ciudad imperial
Dicen que está dividida
En dos bandos, corrompida
Por el conde desleal.
Y aun entre otras novedades
La que mas valida corre,
Es que asaltaron la torre
Que llaman de los Abades.
Pero merced al valor
Que harto encarecer no puedo,
De don Fernando Toledo,

Su insigne gobernador.
Deshechos y destrozados
Los enemigos volvieron ;
Y diz que muchos salieron
Por las troneras lanzados.
En lo cual pronto se advierte,
Que ese Conde don Enrique
Cuenta que se sacrifique
Por él un partido y fuerte.
Mas yo fio en vuestras lanzas
Que acabarán sus porfias ,
Dando cimiento á las mias
Y fin á sus esperanzas. —
— «Mens Rodriguez soy , señor ,
Le contestó un caballero
De aspecto noble y severo ,
Muy su amigo y servidor :
«En la liza me habeis visto
Cubierto de sangre mia ,
Entre la infiel morería
Clavando el pendon de Cristo.
«De modo que conoceis
Que no es por falta de aliento ,
Si mi franco pensamiento
Os advierte no lo erreis.
«Juzgo en el dia arriesgado
Un combate con el Conde ,

Y mas en Castilla, en donde
Está mejor estimado.
«El rey de Francia le envia
Poderosos escuadrones;
El papa sus bendiciones,
Que no es poco.»
—No, á fé mia,
Siendo la mísera España
Fanática como tú.
—El mismo Duque de Anjou
Le ayuda á entrar en campaña,
Con gentes y bastimentos:
Y por el contrario vos:
Vuestros amigos, por Dios,
Son pocos y descontentos!
Ese Príncipe de Gales,
El que tanto encareció
El ayuda que os prestó,
Abandona vuestros reales.
En el mismo corazon
De vuestros reinos, ya veis
Cuán pocos nobles teneis
A vuestra disposicion.
Hasta Burgos, Salamanca
Y otras plazas de Castilla,
De su buen nombre en mancilla,
Con intencion poco franca,

Ya por vuestro hermano estan ,
Y le ayudan en la lid.
Guipúzcoa , Valladolid
Tambien sus hombres le dan.
Ya veis el paso de Andorra
Qué mal se le defendieron!
Ya veis cuán pronto le abrieron
Las puertas de Calahorra!
Esto prueba que Aragon
No es del Conde tan contrario :
Y aunque no tan partidario
No está mal quisto en Leon.
Asi pienso que arriesgais
Reino , amigos y tesoros ,
A manos de infieles moros ,
Pues que con ellos contais.
Y los pocos que aqui estamos
No sentiremos morir ,
Sino ver no ha de servir
Ni aun tampoco el que muramos!
— Gautier Fernandez , decid ,
¿ Pensais vos del mismo modo ? —
Le dijo el Rey.
— En un todo :
Y aun si os place , á eso añadid
Bien funestos desengaños
Que os dieron otras ciudades ,

Por falsas deslealtades,
O vergonzosos amaños.
Vuestros grandes intereses
A los suyos postergados,
Ya los visteis humillados
En los muros cordobeses.
De quien tanto os esperábais
Por deberos tanto bien,
Os dió en Ubeda y Jaen
Un pago que no aguardábais.
Que os visteis en precision
De incendiar sus chapiteles
Para escarmiento de infieles,
Reos de lesa traicion.
En fin, Logroño, Vitoria,
Y aun Avila, y Salvatierra,
Que acataron en la guerra,
Y en la paz vuestra memoria;
Con pretesto del favor,
Que ahora darles no podeis,
(Vana disculpa) ya veis
Que eligieron por señor:
Un rey estraño á sus usos:
A Carlos de Francia!
—Estraño
Que hasta en conocer su daño
Haya pueblos tan ilusos!

—Si os bastan quinientas lanzas,
Que es todo lo que contais
De castellanos, flais
De bien cortas esperanzas!
Pues yo esos moros no cuento:
Que antes el verlos hermanos,
Con nuestros buenos cristianos
Basta á fustrar todo intento.
—Sí un otro que vos, Fernan...
Mas cortemos desazones
Y acabemos de razones,
Que ya prolijas estan.
Fernan Alonso Zamora,
Entonces le habló resuelto,
—Puesto señor que habeis vuelto
A vuestro empeño; en buen hora.
Sobre Toledo caerémos
Que aun guarda por vos sus muros,
Y alli entre amigos seguros
La ocasion esperaremos.
Entretanto publicad
Por edictos y pregones,
Universales perdones
A toda noble ciudad,
Infanzon, noble, pechero,
De cualquier reino vasallo,
Que ofrezca lanza y caballo

Por don Pedro el Justiciero.
Que hablando asi de perdon
Y humillándoos... ¿A esa grey
De bastardos? ... gritó el rey,
Cortando su relacion :
¿A tal precio me vendrian
Valientes sostenedores?...
No los quiero , con traidores
Mis armas no vencerian!
Arriesgaré reino y vida
Como animoso y gallardo,
Antes que ver al Bastardo
Con la corona ceñida.
Pocos sois , mas no me arredro,
Si aun tengo vuestra cuchilla :
Dos reyes no habrá en Castilla ,
Mientras aliente don Pedro!
La gente haced disponer,
Y en cuanto esté apercibida ,
Nos pondremos de partida,
Aun antes de amanecer.
Aunque pienso que ya el dia
El rojo oriente colora ,
Segun los cristales dora
De esa ojiva celosía.
¿Pero no habeis advertido?
De los pintados cristales

Las ráfagas celestiales
La sombra ha desvanecido.
Y otra vez la lumbre escasa
Pinta sus vivos colores;
Corred las verjas, señores,
Y sepamos lo que pasa.»
A los andenes salieron
El Rey y sus cortesanos,
E involuntarias sus manos
Las espadas requirieron.
Vieron en grupos diversos
Que de tropel avanzaban,
Soldados que asesinaban
A indefensos y dispersos.
Gran parte de los que huían,
Que eran de Montiel vasallos,
A los pies de los caballos
Despedazados caían.
Grupos de hombres con hachon
Formaban las luminarias,
Y con teas incendiarias
Abrasaban los torreones:
Y á cada momento crecen
El fuego, el humo y las voces
De aquellas hordas feroces
Que del infierno parecen.
Los unos en fuga van;

Los otros de arremetida:
A los que imploran la vida,
La muerte en pago le dan.
Lanzas, espadas y flechas,
Entre el humo y confusion,
Volaban hasta el balcon
En mil pedazos deshechas.
Y el Rey don Pedro, creyendo
Que estan sus ojos soñando,
Está furioso mirando
Sin saber lo que está viendo.
Mas no pudiendo dudar
De que vé sangre vertida,
Salió á la lucha reñida
Con la daga, y sin armar.

V.

Todo es silencio en las calles
De Montiel; solo se escucha
De cuando en cuando el rondar
De vigilantes patrullas.
Pero en tanto, hasta los valles
Y las campiñas retumban
Con el fragor de un combate
Que tan largas horas dura;
Pues empezó antes del alba,
Y ya apenas se vislumbra
El resplandor que dá el sol
Cuando en ocaso se anubla.
Desde una gigante torre
Dos moros miran la pugna,
Y de sus graves razones
Estas palabras se escuchan:
«Esos clarines que atruenan,
El sangriento fin anuncian,
Y la derrota de alguno

De los campos. Esa oscura
Nube de polvo rojizo
Que hasta el firmamento enluta,
«Las nubes son que levantan
Los vencidos en su fuga.
Ya cesa el ronco clamor
De las armas; ya no alumbran
Esas centellas de fuego
Que hasta el Occidente cruzan,
Cuando hierro á hierro asidos
Dos ejércitos fluctúan,
Como dos mares inmensos
Que frente á frente se empujan,
Hasta que el mas poderoso
Sobre el otro se derrumba.
El Conde de Trastamara
Es solo Rey.»
—¡Qué mal juzgas
Si en el número de fuerzas
El vencimiento aseguras!
¿Tan lejos está, Benahín,
Nuestra sorpresa nocturna
Cuando intenté apoderarme
De don Pedro, por la injuria
Que me hizo ¡válgame Alá!
No solo en tomar á burlas
De un régio empeño la fé,

Sino en intentar que suplan
De un doncel las pobres bodas
A sus soberanas nupcias?
Y bien, ¿qué nos sucedió?
Que á pesar de que eran duplas
Nuestras escuadras de moros,
Y de que venian juntas
Con los refuerzos del Conde
Don Enrique; á quien tu astucia
Hizo llegar el aviso,
De que si el intento ayuda,
Del Rey su hermano era fácil
Asegurar la captura;
A pesar de todas esas
Favorables coyunturas,
Del incendio inesperado,
De la sorpresa profunda
Con que en Montiel penetramos
Como desbandadas furias,
Indefensos, con sus pechos
Por murallas mas seguras,
Pocos vasallos bastaron
A contener nuestras turbas!
Y aun para mengua, Benahía,
De mis lanzas andaluzas,
Don Pedro y veinte ginetes
Me las pusieron en fuga,

Y en tan completo desórden ,
Que diezmados en la lucha ,
Volvimos todos las caras
Con la ignominia confusas!
— No compares , Aliatar ,
La guerra á una escaramuza ;
Ademas, que no está siempre
De buen gesto la fortuna.
¿ Pero no ves por la plaza
Del Campillo, cómo cruzan
Gentes de guerra que avanzan ?
Son de la escolta de Muza.
—Vamos , Benahín , y saldremos
De tan temerosas dudas ,
El viene de la pelea.
—Fue dichosa invencion tuya ,
Benahín , aconsejarle
A tan fiel moro, el que acuda
A don Pedro suponiendo
Que mi traicion le disgusta ;
Y que es infamia á Zegríes
De su generosa alcurnia ;
Y que con diez mil ballestas
Que de infame me intitulan ,
Le ofrezca fiel sus servicios
Y vengarle de mi astucia:
Repito que fue feliz

Tu imaginacion fecunda;
Pues de este modo á su lado
Pusimos las medias lunas,
Que acaso al sol de Castilla
Robaron hoy su luz pura!
Vamos, que Muza ha llegado,
Y la impaciencia me apura
De saber si mi deshonra
Quedó con su sangre oculta.

VI.

En una estancia sencilla
Hay un herido en el lecho;
Y en santo lloro deshecho
Un sacerdote á su orilla.
Dos berberiscos con lanza
A la puerta vigilando;
Y una muger invocando
A un Cristo de la Esperanza.
« ¿Y don Pedro mi señor?
Clamó por fin el herido,
«Si nuevas habeis tenido
«Decidmelas por favor.»
—Don Fernando, reposad
Vuestro triste pensamiento,
Y tan sublime momento
Solo á Dios encomendad!
— ¡Ah! Dejadme, padre mio,
Ya que en mis ojos se advierte
Que está tan cerca mi muerte.

—No, no es cierto, yo lo fio,
Prorrumpió en voz dolorosa
La suplicante muger:
¡Tú morir!.. no puede ser;
Que aun tiene vida tu esposa!
—¡Zulema, Zulema mia!..
¿Sabes por qué estás conmigo?
¿Sabes que es solo en castigo,
Porque veas mi agonía?
—No... es imposible, Fernando.
—Calma, Zulema, tus voces:
Mira esos guardias feroces
Que nos estan vigilando.
Sino fuera que esos moros
No son de entrañas tan fieras
Como Aliatar, no pudieras
Verter en mi faz tus lloros!
Ni en las profundas heridas
Que me hacen ¡ay! tanto mal,
Ceñir el blanco cendal
Con esas manos queridas;
Y sino fuera por ellos,
Mi Zulema idolatrada,
No hallára tan suave almohada
Mi sien sobre tus cabellos.
—«Pero, mi padre, ¿por qué,
Nos hacen tanto penar?

¿Cesó la lid? ¡Por qué yo
No os pude mi rey valer!...
Hablad; me angustia el temer
Si don Pedro no venció!»
En aquel mismo momento
Aunque ligeros y escasos,
Sintióse el rumor de pasos
Junto á aquel mismo aposento.

Y alumbrados por eunucos
Muza, Benahín y Aliatar
Se les vió el punto llegar
Con guardias de mamelucos.
—«Don Pedro el vencido fué,
Esclamó Muza, en la guerra
Bajo el caballo, y en tierra
Al partirme le dejé
—¡Traidores!
—¡Calla Fernando!..
—Zulema, voy á espirar
—«Si se atreve á blasfemar
Prorrumpió Aliatar gritando,
«Yo mismo con este hierro...
—Ven, malsin, ¿qué te embaraza?
Hiere.
—Pronto, una mordaza,
Y amarradle como un perro

—Antes que sufra esa afrenta,
Ya el alma vuela al Señor;
Zulema, adios, á tu amor...
—¡Fernando!...
—Mi afan le cuenta
A mi rey: y si algun dia...
No temas morir por él,
Que aunque le llaman cruel,
Es un... ¡Dios!... ¡Zulema mia!...»
Los sayones avanzaron
A sujetarle insolentes,
Mas sus manos de los dientes
De un cadáver se apartaron.
El ministro del altar
Estendió el santo ropage
Sobre el muerto, un nuevo ultraje
Resuelto á no tolerar.
Zulema cayó espirante
O muerta ó desvanecida,
Con ambos brazos prendida
De los brazos de su amante.

VII.

Gutier Alonso, Fernan,
Men Sanabría, ó vos Vinuesa,
Decidme, ¿qué cerca es esa,
Que labran con tanto afan?
¿Dónde están mis servidores,
Que tan cerca de la plaza
No sale uno, y embaraza,
Las obras de esos traidores?
¿A qué tan hondo ese foso?
Presumo que va de veras,
Y que nos tienen por fieras
Guarecidas en el coso!
Haces bien, conde dichoso,
En ir tendiendo las redes;
Y aun detras de esas paredes
Teme las garras del oso!
Cuando te curas hoy tanto
De máquinas tan estrañas
Las guardadas alimañas

Te deben causar espanto!
No es estraño, que aun reciente
Tendrá tu negro corcel
La roja mancha que en él
Dejó del leon el diente.
Cuando en Najera, menguado,
Por dar á tu miedo escucha,
Dejaste roto en la lucha
Tu ejército abandonado.
Bien haces, Conde, en guardarte;
Pero no sé si hacen bien
De rey cobarde la sien
Los soldados coronarte.
Bien sabes, bastardo Enrique:
Y aunque ayer fuiste feliz,
Sabe don Pedro en la lid,
Tomarse pronto despique.
Si no temiera arriesgar
Mis leales, te prometo
Que en tu mismo parapeto
La tumba te hiciera hallar.
Mas harta sangre corrió
De mis vasallos leales,
Para que en nuevos raudales
Prodigue la que quedó!
Hartos daños me debeis
Solo con ser mis soldados,

Pues el rigor de los hados
Tan sin razon padeceis.
  Os guardo cual joya santa,
Que es talisman peregrino,
Y que en mi triste destino
Unicamente me encanta.
  ¿Aun os dura la tristeza?
Le dijo Sanabria.
— No,
Pues no dejé de hacer yo
Cuanto estuvo en mi nobleza,
  Que ayer aun despues que os ví
Deshechos por todas partes,
Detras de mis estandartes,
Fui el último que salí
  Defendiendo mis vasallos.
— Cierto, aunque estábais herido,
Y aunque ya habíais perdido
En la lucha tres caballos.
  — ¿Por qué entonces me acudisteis?
Morir me fuera mejor:
Por pagar tan fino amor
A vivir me decidísteis!
  Sin duda ya presentía
Del combate el fin sangriento;
Pues en el mismo momento
Roto mi campo volvia.

No, no es justo galardon
Por mi vida que salvais,
Que os lleve yo á que murais
Al pie de ese paredon!
Conozco que rompereis
Por sus lanzas y sus muros;
Y en vuestros brazos seguros,
En libertad me pondreis.
¡Pero cuántos caerian
Por conseguir libertarme!
Para despues consolarme
¡Qué pocos me quedarian!
No: vuestra sangre es preciosa:
Ni una gota mas vertida!
No la merece una vida
Tan trabajada y penosa.
Lo que sí al menos espero,
Es que á vuestro afecto fiel,
No parecerá crüel
Jamás el rey Justiciero!
¡Si viérais cuánto lastima
La voz de un pueblo que infama,
Y de su señor la fama
Por su mengua desestima!
¡Ah! olvidad por Jesucristo
Que he llegado á enternecerme!
Que el pueblo pudo deberme

Dos lágrimas que habeis visto!
Sí, ese pueblo es como el mar;
Si encuentra débil barrera,
Apresura su carrera
Por cima sin rebramar:
Mas si halla una fuerte roca,
Hasta que la vence lucha,
Y eternamente se escucha
El ímpetu con que choca.
Yo nací muralla firme;
El mar en mí se estrelló,
Por eso *cruel* soy yo,
Porque supe resistirme.
—No todos injustos son,
Le replicó el buen Gutier,
Pues muchos hallan placer
En alzaros de opinion.
Dejad vanas fantasías,
Que mas bien pensar debemos
En cómo os distraeremos
De vuestras melancolías.
—Dices bien; antes que todo
Es pensar en cómo estamos;
Y que todos discurramos
De mejorarnos el modo.
Sufrir el cerco creo yo
Imposible; hasta la harina,

Para acelerar mi ruina,
Algun villano maleó:
Y contra el hambre jamás
Lucharán mis hombres buenos;
Que la vida tengo en menos,
Y la honra tengo en mas.
Solo nos resta saber
Si hay en la gente enemiga
Algun noble que se obliga
Nuestra marcha á proteger.
Y por tamaño favor
Señor de villas le haremos,
Y á nuestra cuenta tendremos
Dar premio á su grande honor.
Vendiendo si lo requiere,
Aun mi caballo y mi lanza,
Para saciar su esperanza,
Por inmensa que lo fuere.
Y porque no se dilate,
Si os parece, es gusto mio,
Aunque de todos confio,
Que Men Sanabria lo trate.
Y vos esto le decid.
Y por vuestras libertades,
Tan buenas seguridades
En mi nombre le añadid
A quien sea: si se alcanza

Que nos favorezca alguno:
Mas si no encontrais ninguno,
Manos nos quedan y lanza!
Pues don Pedro, á buena ley
Os jura sino os salvais,
Aunque muy pocos murais,
Que ha de morir vuestro Rey!

VIII.

En su tienda de campaña.
Con sus nobles caballeros,
Está el Conde don Enrique
Sus cuidados departiendo.
A juzgar por sus semblantes
Confusos, tristes, suspensos,
Grave es sin duda el motivo,
Y á mas de grave, en extremo
Peligroso y complicado.
No era el lance para menos;
Pues refirióles Claquin,
De Men Sanabria el convenio:
Y á esta sazon concluía
Su plática en estos términos:
—Soria, Almazan, Monteagudo
Y otros cien hermosos pueblos,
De hoy mas correrán por mios
Si pongo libre á don Pedro.
Atienza, Deza, Lerin,

Desde este mismo momento
Me rendirán pingües rentas
De su vasallage en feudo.
Doscientas mil doblas de oro
Castellanas, de buen peso,
Es lo menos que me ofrecen
Para comprar mi silencio,
Si á vuestro hermano y los suyos
En la fuga favorezco.
Seguras son las promesas;
Grandes las glorias y aumentos,
Poderoso el que suplica,
Casi ningunos los riesgos;
Y sin embargo es tan grande
La lealtad con que os venero,
Que antes que vender mi Rey,
Mi propia fortuna vendo;
Que á costa de ser traidor,
No ansío tan alto puesto!
Esto sabed, Rey Enrique;
Y aunque de paso, os advierto
Que cuideis no se malogren,
(Y no mancillo con esto
De ninguno de vosotros
El blason y grande aliento);
Mas cuidad no se malogren
Vuelvo á decir, los esfuerzos

Que nos costó el encerrar
A ese leon tan sangriento!
Que si escapa de estas redes,
Aun con ser tan alto el cielo,
Para estar libre á sus iras,
Por seguro no le tengo,»
Don Enrique respondió
Despues de un breve momento,
En que dejó á su sorpresa
De desvanecerse tiempo.
—Generoso héroe francés,
Beltran Claquin, mucho os debo;
Pues dádivas y fortunas
Que avasallan nobles pechos,
Sirven hoy de acrisolar
Las hidalguías del vuestro.
Esos títulos que os dan,
Esas villas y dineros,
Yo, por mi parte tambien
Os ratifico y prometo:
Y aun acrecer de mi renta
A tan gran servicio el premio.
Ahora bien, de vos depende
El rendírmele completo.
A Men Sanabria direis
Que ayuda dais á su intento;
Y que de la noche apenas

Vaya la mitad corriendo,
En vuestra tienda esperais
Apercibido y dispuesto,
Con escolta suficiente
De ginetes y de arqueros,
A guiar la marcha oculta
Del ilustre prisionero
Hasta el punto que eligiere
Por mas seguro en su reino.
Decidle que venga solo,
O con pocos escuderos;
Pues el número embaraza
La utilidad del secreto.
Pero para asegurarle,
Le prometereis resuelto
De tener á buen recaudo
Sus capitanes guerreros,
Hasta ponerlos en salvo,
Y bien cerca de su dueño.
—«Está bien», dijo Beltran
Y salió del aposento;
Y don Enrique quedó,
La emboscada previniendo,
Contra el mas fuerte Leon
Que vió el castellano suelo.

IX.

Del castillo de San Pablo
Se oye el rastrillo caer.
Por el puente levadizo
Hasta seis hombres se ven
Que bajan á trote corto
A los llanos de Montiel.
La luna brilla entre nubes,
Pero con tal palidez,
Que mas que aclara confunde
Lo que alumbra al parecer.
Un hombre delante va,
Y otros dos muy cerca de él;
Y detras algo apartados
Cabalgan los otros tres.
El primero es Men Sanabria;
Le siguen Fernan y el rey;
Los otros hidalgos son
Viñuesa, Alonso y Gutier.
Tan cerca estan de los reales,

Que aun en la noche, el arnés
Se divisa con las lises
De Francia; y en gran tropel
Las mil tiendas de campaña,
De solo el campo francés.
—«Mal hizo en entrar en tratos
Con un extranjero infiel—»
Dijo á don Pedro, Fernan.
—«Pues yo pienso que hizo bien,
Replicó el rey; pues no creo,
Se hallará en Castilla, quien
Sin ofenderse, escuchára
Tratos que afrentan su ley.
Que una cosa es que vacilen
Sobre el señor que se den,
Y otra elegirlo á su gusto
Para venderlo despues!
Esa tienda cuya entrada
Cubre rojizo dosel,
Sin duda es la de Beltran.
Hoy es la primera vez
Que me aproximo á un peligro
Pensando como saldré!
Y es verdad, que hoy en mi vida,
Es la primera tambien,
Que sin mi amigo me encuentro,
Cuyo corazon fiel,

Era el refugio del mio,
En mis tormentos! No sé
Si le he perdido! ¡ah! ¡Fernando!
No es ingrato el rey crüel!
Los amigos que me restan,
Fernan Nuñez, ya los veis!
Mis amores se han perdido
A la sombra del placer;
En fin en el mundo ya
Poco aguardo que perder!
Y sin embargo, confieso
Que es hoy la primera vez
Que me aproximo á un peligro
Pensando cómo saldré!
En esto paró Sanabria
El trote de su corcél.
Dos hombres se adelantaron
A su recibo, y despues,
Hasta veinte mas, armados
Desde el almete á los pies.
Con dos teas se acercaron
Hasta el mismo palafren
De don Pedro, que al saludo
Les correspondió cortés.
Y estrañando la tardanza
De la partida, al saber
Que solo por un momento,

Y con humilde interés,
Beltran Claquin le rogaba
Su tienda favorecer,
A su pabellon pasó
Aunque á despecho, y á fuer
De caballero cumplido.
Fernan le siguió el doncel,
Y Men Rodriguez Sanabria.
Al entrar, cruzáronse,
Las guardias en dos hileras:
Como dejando entender,
Que de allí solo saldrian
De sus lanzas al través.
Conoció entonces don Pedro
Su imprudente proceder;
Y mas fiando tan solo
De un extranjero en la fé!
Tarde era á volverlo atras,
Y así adelante se fué.

X.

El pabellon de Claquin
Es una estancia ochavada,
Escasamente alumbrada,
De una hacha mezquina y ruin.
Treinta lanzas custodiando
Estan al noble caudillo;
Y en un asiento sencillo
Beltran Claquin descansando.
Al entrar don Pedro, oyó
Revibrar una trompeta:
Se abrió una puerta secreta
Y su hermano apareció.
Tambien venian con él
Multitud de ballesteros
—«Mirad, dijo á sus guerreros:
Ese es don Pedro el *Crüel*!
—«Yo soy; yo soy»: respondió
Rugiendo el Leon de España;
Y la tienda de campaña
En palenque se trocó.
Don Enrique de un mandoble
Le dividió la mejilla;

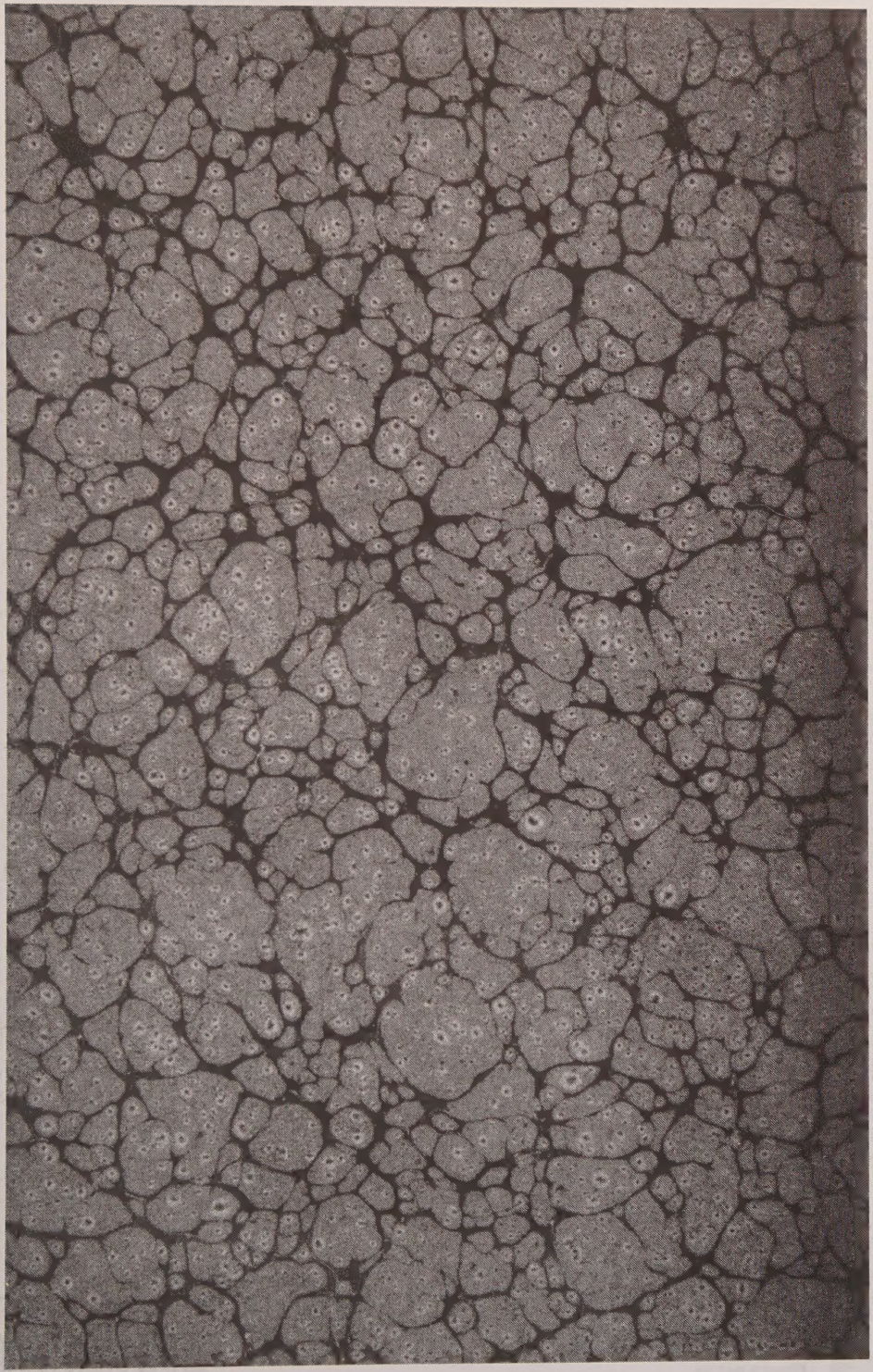
Mas resistió el de Castilla
Como se resiste un roble.
Y haciendo el hierro pedazos,
Ya desarmados los dos,
Encomendándose á Dios,
Se vinieron á los brazos.
Agil don Pedro y fornido,
Luchaba con mas despecho,
Y asi despidió á gran trecho
Al conde desvanecido.
Y clavando la rodilla,
Sobre su garganta real,
Le dijo con voz mortal,
«Ya es de don Pedro Castilla.»
Pero un poder sobrehumano
Detuvo el golpe de muerte,
Y entonces el Rey advierte
Que Claquin pára su mano.
— « ¿Por qué me apartas, traidor,
Si era el duelo á buena ley? »
— « Ni quito ni pongo Rey,
Sino ayudo á mi señor. »
Debajo puso á don Pedro:
Haciendo el cuerpo al caer,
El ruido que puede hacer
Cuando se desgaja un cedro.
Don Enrique, aun no repuesto

De su congoja, cobró
Nuevo valor cuando vió
A su rival tan mal puesto:
Y el auxilio aprovechando
Del traidor Beltran Claquin,
Puso á su combate fin,
A su Rey *asesinando.*
Tres veces crujió su acero
Al rasgar con fuerte mano,
El corazon de su hermano,
Y del mejor caballero!
Y los suyos que juzgaron
Saciar asi sus venganzas,
Con los cuentos de sus lanzas
El cadáver golpearon!
Y tanto espacio duró
Su feroz carnicería,
Que el sol del naciente dia
Tamaña infamia alumbró.

XI.

Aquel pueblo que tirano
Llamó á don Pedro, el *Valiente*,
Besó rastrero y ufano,
La diestra en sangre aún caliente
Del que asesinó á su hermano!

FIN.



CPSIA information can be obtained
at www.ICGtesting.com
Printed in the USA
LVHW090030270419
615784LV00010B/275/P

This work has been selected by scholars as being culturally important, and is part of the knowledge base of civilization as we know it. This work was reproduced from the original artifact, and remains as true to the original work as possible. Therefore, you will see the original copyright references, library stamps (as most of these works have been housed in our most important libraries around the world), and other notations in the work.

This work is in the public domain in the United States of America, and possibly other nations. Within the United States, you may freely copy and distribute this work, as no entity (individual or corporate) has a copyright on the body of the work.

As a reproduction of a historical artifact, this work may contain missing or blurred pages, poor pictures, errant marks, etc. Scholars believe, and we concur, that this work is important enough to be preserved, reproduced, and made generally available to the public. We appreciate your support of the preservation process, and thank you for being an important part of keeping this knowledge alive and relevant.

Published by Wentworth Press, an imprint of Creative Media Partners.
support.creativemedia.io